

EN TIERRA DEL COYOTE

Una antología de narradores de
Ciudad Nezahualcóyotl

Norberto El Herrera - Raymundo Colín - Arturo Palacios-
Sergio García Díaz - Suriel Martínez - Filadelfo Sandoval-
Daniela Flores Guzmán - Porfirio García Trejo Andrés
Sánchez Nájera - Ricardo Medrano Torres - Primo Mendoza-
Antonio C. Martínez

Abril 2014

Ésta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl
y Para Leer en Libertad A.C.

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com
@BRIGADACULTURAL

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez. y Jorge B. Fernández.
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

LA ENÉSIMA CERVEZA

Antonio C. Martínez

¿De veras crees que no me dio gusto volver a verla después de tanto tiempo? Tiempo como esencia de espacio y conexión a lo que llaman realidad; tiempo como mordida en el alma. Tiempo como ánima en pena condenada a perpetuo movimiento.

Desde aquellos lejanos aturdimientos le había perdido la pista y sí, sabía por referencias de amigos comunes que ella aún vivía, que no había muerto en el terremoto del ochentaicinco, ni de sida, ni de inflamación de coronarias.

Ahora que te hablo de ella me parece verla nuevamente como la veía siempre, con su tez morena y su sonrisa imperturbable de Gioconda del barrio bajo.

Todavía me preguntas que si la quise... Cómo no iba a quererla si era la primera vez que sufría por alguien, y ese gusto, que después se volvería pasión por el auto flagelo, comenzaba ya a caminar sobre hielo quebradizo, a llorar confundido en la lluvia nocturna; trope-

zando con borrachos impacientes por agotar el paraíso en una noche de alcohol; escupiendo maldiciones a mis amigos: ilusos, que como yo, que esperaban por vivir un amor de rompe y rasga y salir ilesos de la aventura.

Tal vez estos recuerdos parezcan ahora cursilones o teloneros para una pésima balada. Te diré que en mi memoria se emparentan mucho más con el espíritu negro blusero del Delta del Mississippi. ¡No exagero! Llegaba ahogado de euforia y compasión por el mundo; supongo que con la sonrisa estúpida, beatífica y perdida de cualquier ebrio, y me sentaba frente a la ventana de sus casa a esperar que con las exiguas luces de neón se eclipsará el resto de mi ética bebida. Veía tiritar las estrellas en el cielo, entonces sabía que podía escribir los versos más pinches esas noches, escribir por ejemplo:

La luna es un gran foco que pende del cielo para alumbrar la penumbra que tu ausencia dejó en mi corazón. El sol, cansado y ebrio, anda de juerga desde anteayer para demostrarme la diferencia entre peda y simulacro. Y yo, con una boleta del Monte de Piedad en mis ateridos bolsillos, donde a la letra dice que por ti he empeñado la razón, te espero en cualquier esquina donde el deseo te asalte y no exista una lasciva caricia que te salve.

Me quedaba absorto viendo su perfil dibujado a contra luz por la ventana, mientras en mi interior las cálidas notas de un remoto sax de desconocida procedencia me replanteaban el dilema de permanecer o alejarme de ese efímero espacio de comodidad casi intrauterina. Extasiado, la veía desnudarse con la luz encendida sin importarle mi corazón en penumbra. Sin la mínima so-

briedad que iluminara el cúmulo de complejos y dudas que fue tan sombrío como leal compañero durante el tiempo que duró nuestro idilio muerto, en el que ella fue dueña de todas las aristas de mi mundo, de las esquinas que me vieron esperar inútilmente, dueña del vino derramado en largas y frías noches arrebatadas a dios o al diablo, en que su desnudez y mi líbido estuvieron tan cerca y a la vez tan distantes.

Estos son mis recuerdos, impregnados de todo lo panfletario que nutría entonces a la poesía y lo más parecido a los hechos arrastrados por el viento y ahogados por el polvo imbatible del tiempo, durante el que aprendí a morir por puro pinche gusto, aunque con la certeza que el bálsamo de su mano sobre mi frente me resucitaría tarde o temprano... hasta que un día tirano e inmemorial no lo hizo más.

Ahora sé que de no haber sido por todo aquello, de no haber llorado bajo su ventana, de no haberme arañado el corazón en cada entrega, de no haber preferido el saludable deporte de romperme la madre sólo por placer; ahora no tendría motivos para estar frente a ti bebiendo la enésima cerveza. Y ella, solamente sería la muchacha que poseía unos hermosos ojos verdes en el barrio más jodido de mi gloriosa Ciudad Neza. Y no sería más la mujer que me enseñó a amar, o a sufrir que pal caso es lo mismo. No sería huellas ni heridas de una batalla que no termino aún de librar, no sería rastro de sangre en el lodoso rescoldo de mi memoria, no sería vino derramado, ni lágrimas en la lluvia, ni un lastimero blues, ni un gato callejero. Ella... tú y yo lo sabemos, no sería nada.

EL PRÍNCIPE DE LOS LAGARTOS

Norberto El Herrera

De linaje inexplicable, el Príncipe de los lagartos cabeza de Dragón, había establecido su campamento hollando la cumbre de una montaña de fuego, a la que muy difícilmente se podía acceder desde abajo por un desfiladero rocoso muy angosto, resbaladizo y sufrido. Desde las faldas de los montes o desde las nacientes aldeas, se podía divisar la manera en que la cumbre de la alta montaña se guardaba cobijada por un viento tempestuoso, en alianza con una neblina gris tétrica, oscura, densa, impenetrable, en donde chisporroteaban relucientes rayos tornasolados que emergían disparados, enmarcados dentro de una postal azul o violeta — los rayos y los truenos eran parte de su arsenal divino, símbolos de su destreza maléfica, de su poder y autoridad. El Príncipe de los lagartos cabeza de Dragón se había apostado en

lo más alto, para atisbar las multitudes de monos que vagaban pastoreando en las planicies desérticas, y a los monos que vivían hundidos en las cuevas o en las hendiduras de las piedras, o en parajes agrestes desconocidos. Cientos de cientos de años antes de aparecer en su tabernáculo, y tras abandonar su celeste morada hubo comandado una legión de barcos alados. En uno de esos días perdidos en la cuenta larga del tiempo, súbitamente los barcos dorados brillantes como el sol aparecieron en el cielo, torrentes de fuego iluminaron las montañas, los caminos, las vastas llanuras y hasta el mar de los hielos; la tierra se estremeció, y extraños sonidos retumbaban sobre las colinas como voces de muchas aguas; con sus botes alados, rasgaron el espacio y entraron en la atmósfera como centellas, los carros del viento zigzaguearon, relampaguearon entre las nubes describiendo enormes círculos y tan luego se detenían en el cielo, anexaban nuevas estrellas a la noche.

Ahora el señor de la montaña y Príncipe de los lagartos, de las víboras y de la gran diversidad de camaleones —traicionando su encomienda— descendía de la montaña envuelto en la nube y en el torbellino para implantar su presencia en el mundo; para lo cual, eligió una simiente de la manada de víboras como su pueblo y sus aliados, luego entonces, confeccionó su reino sobre la superficie del suelo, y aunque no guardaba semejanza con ninguna criatura del planeta, se proclamó el amo y señor de todos los seres: de los que caminan o se arrastran sobre la tierra, de los que viven debajo de la tierra y en el mar, y también de los que surcan los aires; de los que se ven, y

también de los que no se ven. A todos los gobernaba con estricto cuidado, rigor y crueldad, manifestando a cada momento toda la fuerza de su celeste poder, subyugando a toda criatura viviente bajo la pena de muerte, la que ejecutaba con exactitud implacable en complicidad con sus aliados. Les había hecho creer a todas las razas de monos que él los había creado a su semejanza, pero sólo jugaba con ellos, eran sus marionetas, miles de miles de marionetas de diferentes colores, de diferentes tamaños, de diferentes especies; su reino era un reino sin igual que se había levantado sin asentamiento fijo, y que sin embargo, era el más poderoso, el más terrible, el más implacable de los reinos del que se hubiera tenido registro en la lánguida memoria de los monos.

Poseedor de muchas manos y de un maravilloso ojo, todo lo monitoreaba y todo lo escuchaba a través de las piedras susurrantes que tenía como aliadas, por eso sabía cuando alguien se insubordinaba o dejaba súbitamente de alabarlo. Celoso de sus antiguos iguales y para imponer la adoración exclusiva para sí, —entre los monos y la simiente de las víboras— lo mismo mandaba que descendiera pan liviano desde la plataforma de la nube, que se incendiara la zarza, o que cayeran rayos abrasadores como serpientes calcinantes. Además, el Príncipe era virtuoso, tocaba el arpa —alucinantes sinfonías emergían irresistibles de su pequeña arpa dorada— y sabía dibujar sobre las piedras, las que cortaba con perfecta maestría; conocía los números, los sonidos y los combinaba; sabía cómo construir edificios y barcas voladoras; pero sobre todo, conocía las puertas secretas,

los vehículos estelares y los agujeros de gusano que lo llevaban de un lugar a otro hasta alcanzar las estrellas; sin embargo, odiaba a todos, particularmente a los monos; era mentiroso y tenía en cada pensamiento el amor insidioso de sí mismo y en cada dedo de sus pululantes manos un terrible y devastador castigo.

Desde la cumbre del monte de su morada, en la tienda en que se reunía, o desde el interior de la columna de fuego, el Príncipe —el señor de la montaña, la nube y el trueno— dictaba sus designios. Su voz engolada de AMO siempre imperante, estaba ahí, autorizando, mandando y ordenando; y cada una de sus palabras como estruendo de una multitud quedaba en el aire resonando y tan luego, descendían vertiginosamente vibrando como metal en las aldeas, en el desierto, sobre las riberas de los ríos, dentro del remolino, en el tiempo:

—Autorizo —dijo de manera inapelable— a las víboras y a los monos que crezcan y se multipliquen, que gobiernen sobre los animales salvajes, que me alaben y me canten himnos de gloria, que construyan un altar para rendirme ofrenda con novillos sin defectos; pero de ninguna manera aceptaré como oblación sus olorosos frutos concebidos en la tierra.

“Mando que se legisle sobre unas planchas de piedra ofita, para dar testimonio de la Ley, y que todos obedezcan la ley, menos yo, ni el bondadoso y obediente legislador, el forjador de los libros que venderemos como sagrados.

“Ordeno matar gigantes, y el exterminio total de todo aquél que no se deje invadir ni conquistar, ni con-

fiscar sus pertenencias, pues para ser felices, ellos deben ser presa del miedo y del sobresalto; deben ser proclamados de mi propiedad y esclavos de mis elegidos.

“Autorizo a los viajeros extranjeros a tomar hembras entre los monos para perpetuarse, y autorizo la fabricación de esclavos para las minas de diamantes y esmeraldas; de oro, de zinc y de uranio y de todo metal necesario para la manifestación de mi majestad.

“Mando que se confundan las lenguas de los osados constructores de torres, que como “Compañeros del Deber” y como hijos de Melusina —la verde Astarté—, por voluntad de Bablot, intentan crecer hasta el cielo para mostrar la glorificación de su unidad racial.

“Ordeno a la lluvia descender en tormentas diurnas y nocturnas sin descanso, hasta que los océanos confundan sus aguas y las ciudades con sus templos y palacios suntuosos y sus naves innumerables desaparezcan en la soledad vestida del oleaje espumoso y

“Autorizo a los sobrevivientes a convertirse en peces y a vivir en ciudades sumergidas en el fondo de los nuevos mares, ahí donde Dahut la princesa Morgana se peinará su largos cabellos de oro entre el hueco de las olas, allí donde teñirán las campanas a muerto y de donde emergerán los cantos apasionados de las sirenas fascinantes de fatal belleza.

“Mando a que se construya una caja con maderas maravillosas de acacia, cubierta de puro oro, y de oro puro por dentro y por fuera, con sus figurines alados y unas varas de madera cubiertas también de oro, para cargar lo que deberá ser el Arma Secreta del Pacto.

“Ordeno que cuando me enoje, caiga azufre ardiendo del cielo sobre los pervertidos monos; que se abra la tierra y se trague a los hijos desobedientes; que se desplomen serpientes de fuego sobre los impacientes y los quejumbrosos; y que cuando alguna muralla nos estorbe, sean tocadas las trompetas para que ésta se derrumbe como montaña de sal bajo la lluvia.

“Autorizo tomar sus ciudades; a matar a todo varón y quedarse con sus hembras, con sus mascotas, su ganado, su oro y con todos sus bienes y autorizo repartir el botín con mis valientes, incluso conmigo.

“Mando que mis varones resplandecientes montados en carros de luz de oro, lancen rayos mortales a diestra y siniestra contra mis enemigos, contra mis hijos insumisos y sus hijos, aunque estos no hayan hecho nada y...

“Ordeno que hagan a los mortales extranjeros más raros que el ‘oro refinado’ y a los monos terrestres más raros que el ‘oro de Ofir’. Que se mantengan al frente de mis ejércitos y se hagan visibles o invisibles cada vez que yo se los mande.

“Autorizo a los barbados cuadrúpedos con alas de águila, para que humillen, roben y traspasen a filo de la espada a mi pueblo elegido —raza de víboras— y los dispersen hasta verse como manadas perdidas y errantes, para luego, hacer mi venganza y que todos puedan contemplar mi implacable resentimiento por abusar de mis protegidos.

“Mando que la bestia semejante a un leopardo con los pies de oso, dientes de metal y boca de león, haga

por siempre la guerra contra los monos, y contra los semibuitres, semihalcones, semileones, semileopardos, semiserpientes, semiáguilas... dragones y... ¡ah no!, contra los dragones no.

“Ordeno traer a mis santos guerreros, mis gentes jubilosas y tiernas, a mis leales para mi venganza; ellos vienen desde lo postrero del universo con los instrumentos de su ira, para destrozarse toda la tierra, para convertirla en soledad tumultuosa; tanto, que la soledad nunca habrá tenido tantísimas campanas, tantos machacados vegetales, tantas vidas holladas y fundidas como la ‘cera ante la llama’, sólo habrá quedado la desolación, por la indignación tierna y amorosa del Príncipe de los lagartos.

“Y después de todo esto... Autorizo a las potestades, principados, y dominaciones unidos en hermandades secretas, para que se establezcan permanentemente como tiranos y controladores de las manadas de monos, que los sometan a la costumbre, la moda, el consumo y la resignación, bajo el hechizo mágico del miedo y el error, y ellos —mis aliados— sean los dueños de sus vidas y de sus almas hasta el fin de los tiempos y también después...”

Así fue el reino que le fue conferido en la tierra, tenía en su haber las plagas de la inmundicia, las trompetas del castigo, la flor de la devastación y las llaves del abismo tenebroso, y es así, como el Rey de los lagartos cabeza de Dragón era el amo y señor del mundo. Hasta que un día, algunos años antes de la navidad —de la alineación solar, de la hora cero— le fue menguado todo su poder por el advenimiento anunciado del libertador

de los monos –uno según decían, era como “Hijo de Hombre” – que caminó en las aguas y anduvo por caminos polvorientos portando una antorcha que no ahúma, llevando pan y agua viva; que fue sentenciado a muerte, por el delito de poner la falsedad y el engaño al descubierto y delante de todos, la luz rechazada que la gran mayoría se negó a ver y a entrar; por eso, y a pesar de los buenos augurios, este Cordero de Paz no habría de traer paz, sino guerra...y rumores de guerra.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Antonio C. Martínez

I

Me levanto. Me baño. Me afeito, corto mi distraído rostro con tu recuerdo; la loción astringente incendia, refresca, mitiga. Visto. Calzo. Salgo, abordo un taxi, observo el reloj y pienso en el tiempo.

Llego. Saludo. Me instalo, dialogo brevemente con mi secretaria; escucha atenta, sale dejándome absorbido en la contemplación de su insinuante trasero. Pienso en ella,

en ti,

en mí;

eufemismos aparte, como en La Santísima Trinidad.

Es tarde ya: un café, un cigarrillo, la blusa de la secretaria aún en el sofá. Ella sale del baño retocando su

PERRO QUE COME PERRO

Antonio C. Martínez

Es rete doloroso mirarse en los ojos de los muertos, son como espejos de cristal acuoso, como vidrios fríos donde se refleja nuestra propia muerte. La mera verdad yo nunca me he sentido tan confundido, y es que de la muerte sé lo que saben todos, es decir nada, nada de nada, lo que se dice nada. Ya endenantes he mirado cómo quedan en el campo yertas las reses después de las heladas, con las lenguas de fuera, como si quisieran llevarse por último el salitroso sabor de la tierra.

En la comunidad, aunque estemos fregados, en veces matamos una vaca, un cerdo o un borrego para las fiestas de nuestro santo patrono; yo no he tenido escrúpulos ni centavos para eso, pero San Hipólito re bien que se lo merece, porque es de aquí merito de donde yo soy. Ésta es mi tierra. Mi raíz y la de mis antepasados.

Algunas veces, cuando las crecidas del agua desbordan el río, los soldados —dicen quienes los han visto— rescatan de entre los terrones de lodo seco los cuerpos inertes de muchos cristianos que para morir, pues nomás no le piden permiso a nadie. Y es que desde que ustedes llegaron, muchos de nosotros nos encerramos a cal y canto, ¡claro!, luego de cumplir el jornal, si no qué carajo vamos a comer: Que sí, que muy buenas gentes al principio, nadie lo va a negar. Ya después nos gritaban: ¡órale, pinches indios patas rajadas!, entre carcajadas burlonas y nos pateaban fuerte en las asentaderas o *ai* donde cayera. Y pues qué se le va a hacer, aprendimos a tenerles miedo. Cuando llegaron, dijeron que estaban aquí dizque para la asistencia social — que quién sabe qué es eso —, pero un día de tantos, amanecieron las pertenencias de los doctores del dispensario del Sagrado Corazón a medio arroyo, y convirtieron aquello en un cuartel militar con camastros y caballerizas, y de los doctores y las medicinas nadie volvió a saber. Así que cuando necesité ayuda para mi mujer, lo primero que hice fue buscar a mi compadre Fulgencio, que era nuestro comisario ejidal por nombramiento de unos catrines de la capital ¡Y cómo no! Sí, todos estuvimos de acuerdo, pues era una buena persona, un hombre de ley como hay pocos. Allí me dijo mi compadre que fuéramos al cuartel por asistencia; entendí *ansina* lo que es asistencia, y lo social, pues sigo sin entenderlo. Y cómo lo voy a entender si nunca fui a la escuela; en San Hipólito nadie sabe qué es eso, nomás no hay; cuando el gobierno ha llegado a mandar a algún profesor, pronto se van renegando, que

somos de a tiro más burros que un burro, dicen. Así que ahí nos tiene, a mi compadre Fulgencio, a Petra su mujer y a mí, chapaleando entre los charcos. A mi comadre nomás le revoloteaba la enagua y nosotros chancleando ligeros. Con la novedad que lo único que jallamos llegando al cuartel fue a un uniformado malencarado que nos gritó con voz ronca:

—¡Qué doctor ni qué ocho cuartos! Aquí no hay nada pa' ustedes, indios apestosos. Lárguense a enchinchar a otra parte si no quieren que los eche a patadas.

—Los dos somos hombres —le respondí yo, muy airado—, salga y nos partimos la madre, para que a alguno de los dos se nos quite lo hablador.

A la gente del pueblo le consta que no soy pleitista ni rajado, verdad buena; como cualquiera, si me buscan me encuentran. Viera visto el coraje que le dio al Jenízaro que enseguida gruñó altanero:

—Hablador tu madre, indio ladino, te voy a enseñar a respetarme, *ora* lo veras.

Y luego sacó la pistola. Se veía que andaba bien borracho, todavía traía la botella de aguardiente peleón en la bolsa de la chaqueta. Mi compadre trató, pa' qué es más que la verdad, de detenerme, pero yo estaba que me llevaba la tiznada de coraje y me le fui encima al infeliz que comenzó a disparar a lo loco y, sin más ni más, me jodió una pata. Nomás sentí una punzada caliente, caliente, y le solté un bofetón que lo hizo tambalear y encanijarse todavía más. Siguió disparando sin ton ni son; allí mero fue cuando mi compadre, que Diosito me lo tenga en sus santa gloria, se atravesó entre una bala y

yo. Y *pus* cayó redondito, aventando borbotones de sangre por la boca. Después todo fue un alboroto: los soldados entraron en bola atraídos por la bulla; mi comadre los maldecía llena de rabia, abrazando a su señor, cubriéndole la cabeza con el rebozo como para calentarle la muerte. Cómo iba yo a tenerles miedo o respeto después de eso, si mi mujer agonizaba allá en el jacal y acá ese desgraciado había matado a mi compadre. Ya me habían partido cuánta madre y aún así, sangrando como santo Cristo, me descubrí el pecho señalándoles el corazón, retándolos como quien dice:

—Aquí nomás péguenle y más les vale que no *jerren*, ándenle *jijos* de tal por cual a ver si es cierto que son muy machos.

Fue entonces cuando apareció usted, General ¿Se acuerda?

—¡Asesino! —ansina gritaba mi comadre, enseñando toda la garganta. Bragada que es mi comadre. ¡Asesino! —seguía gritando—, pero allá se lo *haiga* con Dios.

Yo creo que el soldado no sabía qué hacer, seguro que hasta la borrachera se le bajó. Miraba para todos lados con sus ojos atarantados, como no creyendo lo que malamente había hecho. Seguía apuntándonos con el arma en su mano temblorina hasta que, no sé bien si usted se la arrebató, mi General.

—¡Cabo, ya la requetéchingó!

Dijo usted, bien que se ha de acordar, si no aquí estoy para recordárselo.

—Ora si la torciste —dijo otro uniformado, yo creo que de menor rango, y con voz preocupada completó—: ¿no ves cómo son estos indios de revoltosos?

Pero usted era otra cosa, Comandante —o qué, ¿General?—, y enseguida les ordenó que tiraran a la barranca el cuerpo de mi compadre, que para darle de comer a los zopilotes.

—En cuanto a ti —a luego se dirigió a mí alisándose el bigote con el índice y el pulgar — ¿Qué vamos a hacer? —preguntó, y sin mediar contestación me soltó un puntapié en la pata jodida. Si no me doblé fue porque el coraje me sostuvo. Nunca, mi General, había visto un hijo de puta tan mala madre como usted. Dígame, General ¿cómo se le hace para tener tan poquísima madre? Si de no ser por el uniforme, usted es igualito a nosotros. ¿Ya vio sus bigotes escurridos, el color cobrizo de su piel y la greña lacia y tesa de donde ahorita hasta los piojos se le desparraman? Yo creo que ha de ser también de alguna ranchería de por acá por la sierra. Figúrese nomás, hasta su cara se me hace conocida, déjeme verlo bien. Qué se me hace que es de aquí arriba, de ese lugar que llaman Cuarta Parte.

¡Vaya que les costó trabajo a sus matones! — porque eso es lo que son: una recua de matones— quitarse de encima a mi comadre, que seguía aferrada al cuerpo del difuntito y los maldecía entre escupitajos y sus ojos churridos por el llanto. Hasta que se la llevaron arrastrando como un hilacho, pegándole cintarazos como sólo debía hacerlo su hombre, ¿o no, Capitán? O qué es ¿Teniente? — Tú, piche cojo malparido, te vas a quedar aquí de por vida si no te silencias — me dijo soltándome un culatazo que me dejó sin resuello. Qué pronto me agarró ojeriza, General. Y allí me pateó como a un animal, yo me aga-

zapé como un ovillo, cubriéndome con piernas y brazos, pero era por demás. Déjeme decirle, Coronel, que ustedes son peor que animales, siquiera el perro no come perro, pero dónde están ustedes, ¡ah cabrones!

—¡Qué te calles, infeliz! —repitió, remoliendo su bota allí mero donde me había entrado la bala. Si lloré, juro por el alma de mi difunta esposa que no fue por darles el gusto de ver llorar a un hombre, fue porque el coraje se estaba volviendo un dolor que me subía al pecho y bajaba a los meritos *güevos* convertido en odio. En esos momentos me hice a la idea que un día me lo iba yo a ajusticiar, meterle un tiro entre ceja y oreja pa' acabar pronto. —*Nomás* no me impacientes, te vamos a curar y no vas a armar revuelo. Mira que es más fácil sorrajarte también un plomazo pa' que le hagas compañía a tu compadre. ¿Quién le dijo que Fulgencio Nátera era mi compadre, General?. Mas para que veas que somos gentes, te vamos a dejar vivo, a ver para qué chingaos sirves cojo. ¡Llévenselo! ¿A poco no sabía que iba a regresar por usted? ¿Me creyó tan desairero? Pos claro que tenía que regresar. Sorpresas que da la vida, ¿verdad mi Capitán?

Allí me dejaron tirado, sin conciencia, entre las nopaleras del beato Pedro Chico. No sé cuántos días, como pudo ser uno pudieron ser veinte. Cuando recordé tenía la boca llena de tierra pegajosa; me fui arrastrando hasta mi jacal dejando un rastro de sangre emponzoñada entre las piedras y los huizaches de la loma baldía. Por si lo quiere saber, mi General, a mi mujer ya hasta la habían enterrado. Me encerré dos días para guardarle

luto tragándome a puños el llanto, como debe ser. ¡Ah!, pero también con mi rencor y mi coraje, que mire nomás lo pronto que vine a desquitar. Luego llegó mi comadre y me puso al corriente de cuanto había pasado; me dijo que ella creía que yo también ya era difunto, y allí estuvo consuéleme y consuéleme, la pobre. Me abrazó restregándome su cuerpo, me dijo que el pueblo entero se sublevó contra ustedes, que les quemaron el cuartel y que a los pocos que quedaron con vida los tenían encerrados aquí en la capilla. ¡Pues sí, había que darle alguna ocupación a la casa del Señor! El cura se fue a escondidas, nos cambió las limosnas de todo un año por esos cuadros de santitos que cuelgan de la pared.

Cuando me dijo que usted estaba entre los prisioneros, yo creo que también vio cómo se me retorcieron las tripas por el odio que se volvió a alebrestar dentro de mí, porque me gritó, zangoloteándome con fuerza, que tuviera sosiego, que no fuera a hacer pendejadas, que ya venía en camino otro regimiento del gobierno para juzgarlos como es debido, y que si no, de todas formas ahí lo pagarían con Dios. Entre mí dije: ¡pinche gobierno, ya parece...! Pero mi comadre qué culpa tenía; yo miraba que lo único que quería ella era apaciguarme. Y allí mismo me mal aconsejó el chincual, y metí mi mano por debajo de su enagua; su carne estaba tibiecita, con ese calorcito que tienen las mujeres debajo de la cintura; ella me sonrió, enseñándome sus dientes resplandecientes, como cuando en la milpa *jilotean* las mazorcas, ¡pero usted qué va a saber de chivas a medias!

Ya después tendré calma y la ternura para hacerle un chamaco que salga bragado como ella y no endino ni

atrabancado como yo. En mientras, déjeme decirle que usted y sus soldados me hicieron perderle la paciencia a Dios y que, eso sí lo sabe, no iba a estarme cruzado de brazos esperando a que él nos hiciera justicia, *cuantimás* tan ocupado como estará con tantos hijos de la chingada que andan sueltos por el mundo. Así que espero no me guarde rencor por los tres tiros que le di: el de la pata *pos* por mí, el del corazón por mi mujer y el de la cabeza por mi compadre Fulgencio, que ya estará con Dios, rogándole a él que es tan misericordioso y no un hijo de perra como usted, que me perdone. Que por lo demás, yo lo perdono a usted, y *nomás* para que vea que es cierto lo que digo le voy a cerrar los ojitos para que no se le cansen pronto de mirar la eternidad.

REENCUENTROS

Primo Mendoza

I

La generación familiar que me vio crecer está desapareciendo. Hoy le tocó al hermano menor de mamá: milico tierno, clerical de viejo, diría un refrán por inventar. El buen Guido. Después de la academia castrense, estudió contabilidad en una escuela patito del centro de la ciudad. Aún muy joven, tuvo a bien casarse con una larguirucha y enfermiza mujer de Toluca. Espiritista experimental, gustaba de sesiones para recibir amigos, obviamente etéreos, algunos tan incomprensibles para mí como Alan Kardek o el mítico piel roja Toro Sentado. No dudo que haya conversado a golpes, en clave de sí y no, bajo la mesa y en el caprichoso abecedario de la ouija, con personajes como Francisco I. Madero; después de todo no dejaba de ser un fanático de la escuela de cadetes, muy ligada a la *Marcha de la Lealtad*.

Un día llegó a su casa como si le hubiera nacido el tercer ojo tibetano en medio de la frente —yo estaba ahí, a menudo jugaba con la espigada tía de supuestos embarazos intermitentes. Emocionado sacó de una caja de galletas Marías, un extraño aparato que de maravilla pasó a ser un proyector de carrete de 8mm. Ese día conocí las caricaturas cómo en *Macondo* se descubrió el hielo. Él, por su parte, el fascinante mundo de los trashumanes empresarios de cine de una a otra escuela primaria.

Yo no sé cuándo empezó a cambiar el mundo original. De repente fui solicitado por Guido, como ayudante casero por una semana que se volvieron años. Ahora que lo pienso, debería haber sido el consentido de aquella esterilidad. Pero no fue así. Me tocó ser el perro cadete a la Vargas Llosa: al toque de diana, en un clarín imaginario, debía estar junto al catre tendido, en posición firme y esperando las órdenes para el inicio de ejercicios. Por la noche el toque de silencio marcaba el regreso al mismo catre. Lo bueno de todo fue que a Guido, nunca se le ocurrió asignarme guardias nocturnas a la entrada del departamento.

Después de un largo tratamiento y lucha contra la tuberculosis, la de Toluca tuvo una niña prematura y delgada como ella: Rosaura. Me alegré. Era como si los Reyes me hubieran traído el *ponching bag* japonés, solicitado todos los años, para aplicarle todas las ocurrencias marciales del mundo. Rosaura no fue lo esperado: alguien a quién dar órdenes y ser obedecido. Reaccionaba con inusitada violencia ante cualquier provocación contraria a sus deseos y la tía toluqueña, obviamente estaba

dedicada al cumplimiento del menor de sus caprichos. Así que, despojado de toda ilusión y afecto, tuve que resignarme a ser el criado con minusvalía al que me había resistido. Guido procreó tres hijos más antes de abandonar a la flacucha tía, quien regresó a su terruño y yo a terminar la secundaria en el internado militar. A la salida del mismo, topé con la novedad de que Guido pasaba unas vacaciones en la casa materna y ocupaba mi cama y por tanto se me había asignado el suelo como sitio de descanso. No hubo necesidad de un pasado retroactivo: antes de que él despertará ya me encontraba en la calle. La provocación había entrado de nuevo a mi vida. Un día exigió le diera un rastrillo que yo mismo no usaba; así que tuve que conseguírselo entre los amigos. En otra ocasión realizó una auditoría a mis ingresos descubriendo con alegría un desfalco de cincuenta pesos. Los presté a un amigo, fue mi respuesta. Se llama Enrique, al que le pedí el rastrillo, el mismo que no me has devuelto. Vamos si quieres para que le preguntes. Y lo llevé a la ciudad perdida del Carrizal, y lo enredé entre los médanos olorosos a orines, caca y basura; las paredes chuecas e improvisadas de cartón y madera con puertas y ventanas dibujadas con tela. En qué número vive preguntó de manera candorosa. Sonreí y le señale el cuchitril de mi amigo, al cuál me dirigí preguntando por él. No 'stá, dijo una voz, qué quieres. Pues nomás lo busca mi tío para preguntarle de un préstamo que le hice. Pus' no 'stén chingando y espérenlo afuera. Guido no quiso esperar-lo y nos fuimos cada quién arreando su silencio, hasta que lo desensilló en casa diciendo: de modo que el joven

se junta con pandilleros malvivientes y drogadictos y se cree mucho ¿verdad? Y me tomó por el hombro tratando de agacharme. Bastó alzar el brazo, y empujarlo para hacerlo rebotar en la pared. Luego regreso por el rastrillo dije, mientras deslizaba un billete de cincuenta pesos en la bolsa de su camisola.

Mucho tiempo después, en un viaje con mis cuates al fondo de Huautla de Sabina, mientras comía hongos a cachitos, reconocí en el *estand* de tiro al blanco de la feria, al ex-cadete, espiritista, empresario y contador de academia, tirando patitos de lata acompañado de un niño con bucles igual a los suyos. Dos veces más supe de él. En la estación del Metro —con anotación del tercer matrimonio en la pizarra de su vida—, cuando pasé frente a él sin que me reconociera y sin que por ello dejara de notar su mirada de codicia y poco recato devorador de piernas ambulantes bajo minifaldas. Ayer, que desde la distancia del tiempo y el espacio, a través del cel, Rosaura anunciaba el horario del tren a la lejana y feroz infancia y, de paso, la salida del avión a Tijuana que lleva a mi madre a las exequias del buen Guido, distinguido de la orden de los Carmelitas Descalzos, muy jirito como su padre, el abuelo Neme.

Neme dijo a la abuela que iba por alcohol y loción para los clientes, pues era barbero medianamente solicitado. Tanto los clientes de la peluquería como ella se quedaron esperando. Veinte años después y sin el regreso de Neme, nací en la orilla norte de la ciudad. Nueve años más tarde conocí el milagro del cinematógrafo proyectado en una sábana tensada sobre el muro, los miste-

rios del espiritismo y estas claves, en sí y no, vibrando en la ouija de mi corazón.

II

Llega el fin de siglo y la esperanza del nuevo se multiplica hasta en los lejanos malandros de las ciudades perdidas en la cintura de los cerros, en los llanos desecados que tercamente contradicen a sus habitantes inundándose cada que la lluvia lo desea. Ahí están quemando pólvora en infiernitos y haciendo hogueras, rodeados de botellas facilitadoras de abrazos y buenos deseos. Te quiero un chingo carnal. Con sus cabellos hirsutos olorosos a favela, petróleo y gasolina, a leña de los escombros, avientan plomazo, sacan cuchillo por viejas querellas y echan espuma arrastrando medio cuerpo del Kiss fuera del veloz carro que levanta polvo y hace toser hasta a los perros. Los niños juegan a aterrorizarse persiguiendo uno a otro, con luces y centellas; alguien pierde el dedo entre los restos de un petardo. Las llantas viejas arden e iluminan la caída vertical de una chava apenas virgen alcoholizada e intransigente. Quieren patearla. Una buena samaritana la cubre con su cuerpo. Patean a las dos hasta las lágrimas de la quinceañera que implora las dejen en paz: ¡no vale la pena pelear por un güey!

El Don de la colonia sin nombre recibe el disparo de una 45 Smith & Wesson, y en la improvisada y retardada ambulancia lamenta la lentitud y distancia de su navaja. No es lo mismo de antes, piensa taponando los jirones de su cuerpo. El cerro de las Palomas arde en multitud de fuegos fatuos, sacros y coxis apaleados, re-

yertas apagadas por la claridad del primer día del nuevo siglo que descubre cuerpos abrazados en las playas de la amistad y el cariño entrañable, fruto de la necesidad y el rito de saberse vivos.

III

Todavía no se nombraba la acción de ponerse de pecho sobre las piernas; ahora se llama *spanking*, o algo así, igual que *bulling* a la acción de burlarse de manera despiadada. No sé exactamente qué es lo que hice. Pero como en los cuentos donde hay una sirvienta que desnuda a las niñas, el tío ordena me baje los pantalones.

En el departamento, la luz todavía llega a los cristales alimentando el color la mesa, el florero al centro. Recuerdo el mantel blanco con flecos, igual y no sé describirlo, como bien puedo la cara larguirucha rematada por el pretil de una afilada nariz enraizada a un fino bigote; los ojos que ordenan el juego, su juego particular. La voz aflautada ordena de nuevo mientras sostiene en sus manos una regla metálica. ¿O era de madera?

Ocupa el departamento el fondo de una vieja casona del siglo diecisiete. Antes era un convento. Dicen que encontraron restos de no nacidos, emparedados en los muros y que en la entrada, atrás del viejísimo zaguán de madera, altísimo, hay un pasadizo que conecta con la iglesia de Santo Domingo. No lo sé pero imagino y a veces sueño recorrerlo quitando telarañas con el fuego de una tea de ocote; como las que usa mi abuela, solo que más gruesa, cuando hace tortillas sobre el comal y entonces el cuadrangular patio se inunda de un azulado olor

a carbón. En el sueño o en el misterio de la imaginación, el final del túnel remata en trece escalones de piedra gastada por el uso, lisas como cachetes de madre superiora, en cuya cúspide espera una puerta de madera, chaparrita, a mi tamaño, con aldabones y una mirilla en la parte superior. Ahí está en un nicho la imagen sangrante de cara larguirucha rematada con el alféizar de una nariz con bigote ralo. Puede ser San Francisco con su tonsura que hace lucir mejor la santa aureola o Felipe, Felipillo, mártir asaeteado por antiguas tribus japonesas, mientras en su casa reverdecía la higuera, a cuatro cuadras de aquí, en el siglo diecisiete.

Felipe, Felipillo, ¡Jesús! por qué diablos fuiste a romper los frascos de la leche con tapa roja. Siquiera los hubieras estrellado vacíos en el filo de la banqueta; pero no, estaban llenitos con el borde cremosito que se antojaba saborearlo aun con todo y vidrios.

Entonces me puse boca abajo sobre las huesudas rodillas del tío y él acabó de bajarme los pantalones hasta donde los calcetines se pierden bajo los duros zapatos de suela de llanta. Tengo tres primas, por escalerita de edades, la mayor andará por los diez años, tal vez un poco menos: tres azorados pares de ojos no creían lo que veían, formadas por estaturas, de la morena hasta la más clara.

Ah qué Felipillo, pillo de siete suelas. ¿Será el castigo ganado por quedarte viendo los soldaditos de plomo en el aparador de la tienda de la Calle del Carmen? El del frente portando la bandera, erguido, dirigiéndose directo a la puerta de tus ojos atrás del vidrio, ojos que pasaban de él, al de la corneta y al del tambor vibran-

te, mientras las tortillas se enfriaban acurrucadas bajo el brazo como *pa'l* hambre del batallón pulcramente alineado y en marcha plomiza atrás de la banda militar.

No sé si el aire vibra, pero antes de sentir el primer reglazo, el tiempo se estiró y quedaron temblando los motivos del castigo y ahí juré que solo, y a veces pensaba en mi prima mayor como en un día de campo con sol y un río, como una playa que aún no conocía, como un sueño cromado de azules, amarillos y lilas. Eso no podría saberlo el tío, ni ella, casi ni yo mismo. Todos tenemos secretos, el mío era un secreto atrás de los secretos. Lo supe el día que Aníbal quiso pegarle y lo desinflé de un cabezazo, como en las luchas. Lo supe cuando sin interés dejábamos de ver los toros en la tele, en medio de la plebe familiar y nuestras miradas chocaban y nacía una sonrisa.

No, no me dolió el primero ni los que siguieron. Supongo que fueron pocos. O muchos. Sólo el tiempo pasado lo sabe. También creo que mis ojos miraban debajo de la mesa hasta chocar con los zapatos de la abuela y sus medias opacas, deslavado color carne. Hubiera querido que se llamara Águeda. Sus zapatos eran extraños, de media bota y como de monja. Estaba sentada en la cama oculta por una especie de biombo, separador entre el comedor y su dormitorio. También sé que en algún momento, con la cabeza gacha y haciendo bizco, las vi por estaturas; de la china a la lacia. Recordé la última vez que les leí, como coincidencia de posibles castigos, el Soldadito de Plomo, antes de que su papá llegara e hiciera berrear hasta la casa de madera y tuviéramos que

salir hasta la calle pidiendo mudo auxilio con el corazón en la mano.

¿Que si guardo rencor? No lo sé. Hay cosas que se olvidan porque así debe ser y uno aprende a mirar de ladito, de abajo *pa'* arriba o de plano mirar los zapatos de Águeda, porque a uno no se le da el saber de cierto qué es lo que debe y por qué lo hizo, si es justo o desmedido el pago; si crimen y castigo por ahí se van entre los sueños emparedados y uno recorre túneles y visita santos, lleven o no, el nombre de uno y alguna referencia del cómo se salvaron y salvaron a los malos, como en los cuentos de *Vidas Ejemplares*. Al final uno se sube los pantalones de la vida y compungido acepta lo que vino y venga, porque así es la vida y no hay preguntas ni respuestas frente al juez de nariz afilada, ténues bigotes y regla en la mano.

LA PAZ DEL HOGAR

Ricardo Medrano Torres

Una maldita taza de café. No pido más: sólo una taza; claro, con un cigarrillo sin filtro. Sólo eso. En la tina del baño, el agua en calma. Los refrescos de grosella no tienen ese fino color de la tina de baño. El cuerpo de los cerdos decapitados se vuelve blanquecino tras la pérdida continua de sangre. Por eso los cuelgan de las patas traseras, mientras la vida se les escapa en finos hilos continuos y rojizos.

El letrero luminoso de la panadería de enfrente me pone nervioso. Me recuerda los tubos incandescentes pintados de colores intensos en los juegos mecánicos. El chirriar de los hierros en constante fricción. La grasa negra en los rostros de los operadores y sus manos cuarteadas. Mi madre gustaba de llevarnos, a mi hermana y a mí, a la "rueda de la fortuna". Creo que nunca ha

existido un nombre más atinado para algo: sube y baja, unas veces en la cúspide, en la risa; otras, en el descenso, el vértigo, la sonrisa perdida, hasta que de nueva cuenta el ascenso recobra la movilidad de los músculos faciales que se contraen con el placer de mirar al mundo desde arriba, aunque el goce sea efímero.

—Le recordamos que su cuarto vence a las doce —dice el botones del otro lado de la puerta.

—Le agradezco —confirmo cortésmente, aunque en silencio deseo que vaya mucho a chingar a su madre. Me molesta la inutilidad del control remoto del televisor. Un par de botones para manipular la irrealidad: apagado y encendido, más o menos volumen.

El llanto de los corderos en la pantalla me provee de la arrogancia necesaria. Todos buscamos el reconocimiento, el éxito, la foto en los diarios. Qué importa ser la bestia condenada, apaleada. Ellos siguen crucificando a sus redentores. Ellos siguen espantándose cuando alguien como yo se atreve a develar sus más íntimos demonios. Tienen gusto por la sangre y la hipocresía mezcladas en un coctel.

Hay tiempo de sobra, me rasuré el vello púbico hasta que el sexo me quedó tan terso como el rostro de ella. Amo la piel fría del rostro, la de las nalgas, la de los senos. Es más, me gustaría recibir una buena felación con pequeños trozos de hielo en su boca. Con el vello he dibujado una fiera sobre el espejo. Increíble que un montón de pelos puedan dar sentido al desecho. Parece un lobo, aunque bien pudiera ser un puerco espín. Descubro en mi obra de arte un par de pelos blancos. Nun-

ca hubiera imaginado tener canas en los testículos —río fuertemente mientras miro el reloj de pulso acomodado en el cenicero de barro del buró.

Sobre la alfombra, las envolturas de los preservativos parecen tener una boca abierta, platicadora. Me tiro boca abajo y escucho sus sabios consejos. Aprieto los párpados para concentrarme mejor en sus pequeñas voces.

—Cualquiera en su sano juicio hubiera hecho lo mismo que tú. No sientas culpa: la maldita ramera rompió el pacto y pagó su precio justo.

Maldita envoltura de preservativo sabor a plátano, tiene razón. Quiero pensar que la tiene. Me acerco un poco a la envoltura sabor sandía para escuchar su voz casi apagada, susurrante. Me dice que la sangre inocente tiene un costo muy alto, que las cloacas del infierno apiñan a los traidores como yo.

Maldita envoltura. Su aliento tiene la frescura del nonoxinol mentiroso. La tomo como una cucaracha y la coloco sobre el tocador. Frente al espejo disfruto cortarla en diminutos fragmentos. Una vez descuartizada en milimétricos trozos, le advierto:

—Creías que ibas a reírte de mí. No sabías que soy Dios, que me he transformado en él por voluntad divina. Maldita embustera. Si sólo hubieras sido honesta conmigo. Si sólo hubieras dicho la verdad. Pero no, necesitabas reírte de alguien. Querías probar tu poder. Y ahora me vienes con que el diablo me zambullirá la cabeza en su gran retrete. Maldita, maldita, maldita...

Son las 11 mil 200 —ensayo la forma en que los militares dan la hora en las películas. El colchón huele a

mierda y a humedad. Nada como trastocar la realidad. Jugar a escandalizarme mientras me miro cagar sobre las sábanas blancas. Orinar las paredes mientras me golpeo las nalgas con ambas manos, cabalgando con los zapatos puestos. Mis zapatos que desde hace mucho dejaron de ser lustrosos. Mis expresiones de vieja pudorosa autoregañándome por “cagarla” son de risa.

Todo este tiempo sólo he mirado las imágenes mudas del televisor. El ruido esporádico de las muca-mas aspirando los cuartos contiguos o sus quejas acerca de lo extrañas que pueden ser algunas personas, me despiertan de mi placentero sueño, logrado a pulso cuando la diversión me agota. Entonces es momento de empezar de nuevo.

He estado escupiendo gargajos en la botella vacía de agua. Falta poco para llenarla. Tantos gargajos juntos me recuerdan las cloacas del infierno, el mercado de la ciudad alfombrado con gargajos y un denso olor a orines. ¡Viva, viva! Siempre quise brincar sobre las camas. Ésta es lo suficientemente amplia. Es toda mía, toda, toda, toda...

Ella no era mía. No era toda mía. Sólo una parte. Qué parte me correspondería. Si la dividiera en fragmentos lo descubriría. Tomo el cuchillo y lo clavo una y otra vez en su blancura. De cada herida brotan sus entrañas. Mi placer es grande, no logro controlar mis esfínteres y me orino placenteramente mientras clavo el arma. Con cada penetración, con cada certero golpe de la hoja defeco pequeñas bolas de caca que buscan salvar la caída al piso adhiriéndose a mis piernas.

Soy un Robin Hood, un exterminador, un Hannibal Lecter.

Le recordamos que su cuarto vence a las doce horas, señor.

Maldito botones. Qué sabe él de placeres. Mis ojos se acostumbraron a la penumbra. La pequeña cascada del lavamanos fue mi única compañera estos dos días. Qué se chingue el mundo por la falta de agua. Qué falta de agua ni qué la chingada, todos tenemos derecho a derrocharla: dos días con la llave del lavamanos abierta. Frrrrrrrrrrrrt, qué placer siento al escuchar el continuo golpeteo de las minúsculas colonias de moléculas acuosas chocando contra el percutido lavamanos.

Ha llegado la hora de la verdad. Maldita perra. Sucia puta de arrabal. Come pitos. En estos momentos debes tener la entraña podrida. La leche debe estarte brotando por los ojos, por las narices, por los pezones. Maldita, te mataría otra vez, otra vez.

Las 11 mil 400 — soy un experto en la hora militar de las películas. Veinte minutos para desocupar la habitación. Ha sido enorme, grande, fantástica mi estancia. Soy el huésped distinguido de este hotelito. Quito el tapón de la tina y al agua teñida de rojo se escurre como mis veinte años de empleado de gobierno. Miro mi rabia escapar por la cañería. Cierro la llave del lavamanos. Uf, qué aroma: tres días de frituras, cacahuates y refrescos con gas. Tomo un baño. Antes de salir, me despido de mi obra de arte en el espejo, retiro mi monstruo de pelos púbicos con un trozo de papel higiénico. Tomo mi reloj de pulso y checo la hora, son las 12:05. Anudo la cor-

bata y salgo con paso seguro. Deposito un billete en la mano del botones. Agradece y sonríe. Hasta la siguiente semana, digo al recepcionista, quien toma las llaves y el control remoto del televisor. Hasta pronto, señor.

Antes de llegar, verifico la hora.  l aborda su auto amarillo estacionado al frente de la casa y rápidamente toma la avenida principal para alejarse hasta la semana siguiente; penetro la cerradura con seguridad y calma.

Buenas tardes, amor – ella es muy dulce cuando estoy de regreso. Creo que no hay una mujer más amorosa en el mundo. Veintidós años de casados y me sigue queriendo como el primer día. De eso estoy seguro.

Ah, hogar, dulce hogar. Sólo en casa se puede degustar una deliciosa taza de café. No pido más: sólo una taza; claro, con un cigarrillo sin filtro. Sólo eso. Paz, es más de lo que cualquier hombre puede desear. Sólo paz, la paz del hogar. Sólo eso.

EL BRUJITO DE LA CONDESA

Andrés Sánchez Nájera

Dura un día como el heno: florece por la mañana, y se pasa; por la tarde inclina la cabeza, se deshoja, y se seca. Al ardor de tu ira hemos desfallecido, y a la fuerza de tu furor quedamos consumidos.

SALMO LXXXIX

El hombrecillo se desprendió del sueño con aparente flojera. Respetuoso, levant  una mano, hizo la señal de la cruz, agach  la cabeza y con un susurro se despidió ante el crucifijo, el cual, arriba de su pequeño camastro, a diario esperaba en silencio su regreso.

Luego, se ajustó el sombrero hasta casi resguardarse los ojos por completo. En realidad se trataba de un viejo sombrero de paja, cubierto de numerosas manchas, “los inmutables recuerdos de antiguas batallas” decía

en ocasiones el hombrecillo. Aún así, no lograba ocultar bajo su sombra ni la mitad del largo pelo ondulado, al cual le faltaba muy poco para perder el color oscuro. Una buena parte de ese cabello reseco, quebradizo debido a la avanzada edad, se precipitaba con soltura por sus mejillas y las puntas le acariciaban el pecho. Tan sólo con estirar aquellos rizos, llegarían a tocarle el corazón.

En seguida, con una chamarra de piel desteñida cubrió su espalda, a leguas se notaba dos tallas más ancha que sus hombros. A sus pies, se le sumaron un par de enormes botas sin agujetas que, sin pudor, enseñaban la lengüeta retorcida.

Por último, salió al patio.

En una lenta pero efectiva ceremonia, cada mañana montaba dos grandes recipientes sobre una base enllantada. Antes de empujarlos hacia la calle cogía cuatro escobas, tres de diferentes dimensiones y la última; armada con varas silvestres, algunos costales, una campana abollada, un recogedor de buen tamaño y una jerga. Todo el conjunto formaba su ambulante almacén de limpieza.

Al iniciar la jornada de trabajo, avanzaba despacio, zigzagueante entre las calles, cruzando en incontables ocasiones la calle de Benjamín Hill, para retomar el camino a través de la avenida Alfonso Reyes y, así, prolongaba su recorrido hasta los límites de la colonia Condesa. En cada calle se detenía unos minutos, admiraba el silencioso panorama de las puertas cerradas, todas de diferente tamaño y textura. Después, daba algunos movimientos negativos de cabeza un tanto bruscos para manifestar su desaliento y continuaba la ruta.

Su arrugado rostro permanecía impassible a cualquier hora del día. Nadie lo vio sonreír cuando menos una sola vez.

Su único entretenimiento se reducía tan sólo a imaginarse lo que sucedería detrás de aquel enjambre de puertas: Quizás algunos desayunos escasos a punto de enfriarse; niños quejándose del plato al que nunca le comían ni un pequeño bocado; maridos anudándose la corbata apurados, con el tiempo limitado; señoras en pantuflas corriendo de un lado a otro mientras escondían la cabeza hecha un desastre, bajo mascaradas de chillantes colores.

En contadas ocasiones, sin ningún llamado de por medio, algunas puertas se abrían y de los huecos escapaban mujeres con dos o tres bolsas repletas de basura. Al final, unas monedas regaladas casi a la fuerza, sin atreverse a tocar esa mano extraña. Solamente una limosna ridícula y una mirada de superioridad, era todo lo que recibía el viejo por el favor de llevarse el desperdicio.

Sin embargo, ya estaba acostumbrado a los frecuentes maltratos y a las caras agrías, afeadas por un gesto de prepotencia. En silencio y con desesperante tranquilidad, hacía de su trabajo un ritual. Del mismo modo que el pez chico es comido por el grande, enterraba las bolsas de basura una dentro de otra, aplastándolas con fuerza. Empezaba desde una pequeña a la más voluminosa y, al final, un bulto deforme terminaba entre sus manos, un par de orejas de plástico por sostén y un estirado letrero en rojo que a veces decía en llamativas letras: "Gigante, su tienda de precios bajos". Precios semejantes a la estatura de aquel hombre.

Llegada la tarde, se deshacía de su carga y daba por culminado su trabajo. Después de limpiar las herramientas, colocaba su carretón en un lugar seguro y, a continuación, se recostaba en el catre. A ratos, hundido en pensamientos nobles, evitaba conciliar el sueño.

—Sería muy peligroso si llego a dormirme, se repetía a cada instante con un tenue movimiento de sus labios, agrietados a causa de hallarse todo el día bajo los rayos del sol.

Cada noche, afuera de su puerta, muy cerca de la calle, colocaba una mesa decorada con un mantel blanco tejido a mano y, encima, una veladora rodeada por siete pequeños vasos de cristal llenos de agua fresca hasta el borde.

—No es nada malo, les decía a los curiosos que miraban su ofrenda con desconfianza. —Es nomás *pa'* que las almas de los niños no vaguen sedientas en las horas de *oscuridá'* y no se alejen demasiado. Yo sé bien lo que digo. El agua de los ríos es muy peligrosa. En lo más negro de la noche, pueden correr el apuro de que se los lleve la mujer del pelo largo. Eso sucedió en mi pueblo: un día, amanecieron hartos niños muertos en su propia cama. Los vecinos se juntaban en los velorios. No aguantaron la curiosidad de ver muy cerquita los cuerpos sin vida; tenían la piel engrietada' y la lengua marchita. Los ancianos del pueblo decían que la Señora Mala les había robado el alma. Ella se aparece por las noches en los sitios apartados donde hay agua, en los mismos lugares donde vagan las almas chicas, las que se duermen con sed mientras sus cuerpos reposan. La Señora Mala se

los llevó. No quiso dejarlos beber ni siquiera un sorbo. Amanecieron tal como les hablo. Sin vida y sedientos. Ya sé que aquí no hay ríos ni mucho menos lagos. Yo no me ofendo si se burlan de mí. Pero óiganlo bien, nunca debemos descuidar a los pequeños durante las noches. Nahuales hay en donde sea. Ahora la vida del campo se vino a la ciudad, y algunos también trajeron sus malas mañas.

— Siempre terminaba su relato con una advertencia. ¡Ai se los *aiga'* si *nomás* tienen oídos para burlarse de mí!

Los curiosos desaparecían alejándose discretamente. Algunas veces, quizás debido a su mal humor, no deseaban escuchar la disparatada historia.

Muy a su pesar, los vecinos le apodaron al viejo, "El Brujito de la Condesa" y, gracias a su tenacidad por convencerlos de que hablaba con justificado conocimiento, comenzaban a desconfiar de sus palabras.

Sin embargo, en contadas ocasiones dudaron un momento de sus propias creencias y señalaban:

—¿Y si el Brujito, por alguna remota casualidad, tuviera razón? Pero no, en realidad no puede ser nada de cuidado, sólo son tontas supersticiones de un viejo campesino.

El hombrecillo, diariamente continuaba en sus labores de limpieza sin reparos de ninguna clase. Así lo hizo hasta que, en cierta ocasión, se topó con todas las puertas abiertas ante el furioso llamado de su campana. Las miraba una a una con detenimiento.

Ni así encontró la puerta que buscaba. Pero tenía el presentimiento de hallarla pronto.

Siguió adelante su tarea, despacio, ante la paciencia característica de la edad.

Un día, soleado como suele estar la ciudad en primavera, trabajó sin descanso. En distintas ocasiones debió descargar sus depósitos llenos hasta el tope, para cubrir a tiempo la misma ruta de siempre. Le llovía basura por todos lados, por supuesto, acompañada con una buena cantidad de monedas.

Al llegar a su casa, el cansancio era inaguantable. Ni siquiera hizo el intento de guardar sus trebejos. Entró a su cuarto y enseguida se acostó. Tenía la intención de dormir algunos minutos.

Un bostezo lo regresó del sueño. No supo cuánto tiempo había transcurrido. En acelerado parpadeo pudo darse cuenta que lo había alcanzado la noche. A tientas hizo un atropellado movimiento. Sacó de una cómoda cercana una veladora “preparada” y con ella se restregó los ojos en un movimiento de cruz. A pesar de la oscuridad percibió una mancha tenue, idéntica en el tamaño al de una persona adulta.

Entrecerró los ojos para afinar la visión.

No tuvo ninguna duda, era la sombra de aquella a quien buscaba y tenía el cabello casi al triple de largo que el suyo. La figura se deslizó con rapidez por su costado. De improviso, al viejo se le erizó la piel. Sintió un fuerte escalofrío al advertir que en cada mano, la sombra llevaba asida una pequeña figura. Sin soltarlas, atravesaron las paredes.

De inmediato presintió lo que estaba sucediendo. Debía actuar sin pérdida de tiempo.

Apresurado, tomó un frasco lleno de un líquido transparente y un morral de cuero de la cómoda. El morral se lo colgó al pecho junto con un enorme rosario con cuentas de madera. Antes de salir a la calle, guardó la veladora en un bolsillo de su chamarra.

Ya afuera, destapó el frasco y roció el piso en distintas direcciones. En su rostro se dibujaba una mueca similar a una sonrisa al descubrir huellas brillantes de varios pies desnudos. Su eterna lentitud desapareció como por arte de magia. Caminó de prisa por la avenida Tamaulipas siguiendo las pisadas. Si éstas se perdían a través de los arbustos y jardines del parque España, les daba la vuelta y las descubría de nuevo al otro lado. Le impresionaba que ahora brillaran con mayor intensidad. La marcha no fue fácil al principio y la desesperación le obligó a avanzar con mayor rapidez. Conforme seguía adelante, los obstáculos y las hierbas se multiplicaban sin motivo alguno. Se dio cuenta de haber sido guiado por aquellos lugares con el propósito de hacerlo desistir de su persecución.

Esa burda artimaña le pareció un torpe juego de niños.

Para detenerlo a él, se necesitaban mayores dificultades que las proporcionadas por un parque fantasmal. La carrera se prolongó varias calles más. Las pisadas terminaron frente a una elegante mansión, asegurada con media docena de cerraduras doradas.

—¡Ya tenía yo la sospecha de que ésta era la puerta que buscaba! — gritó fatigado.

Se detuvo a la entrada, esperaba tomar un respiro mientras sacudía el frasco en la escalera de mármol, la

cual se resquebrajó al humedecerse ante el líquido sagrado. Al rociar la puerta de caoba, de la madera surgieron figuras diabólicas. Aquellas imágenes reían a carcajadas en tanto castigaban a algunos rostros infantiles que hicieron un gesto de terrible sufrimiento y al mismo tiempo lastimaban los oídos con lamentos desgarradores. Con sus largas uñas, el Brujito, arrancó cera de la veladora y con los trozos se cubrió los oídos. Las cerraduras chisporrotearon entre fumarolas de humo nauseabundo y en segundos se convertían en cenizas, permitiendo que los goznes girasen con un quejido sobrehumano y la puerta, por fin, le cedió el paso.

Cuando apenas llevaba unos cuantos metros andados hacia el interior, se sintió abrumado por un terrible sentimiento de soledad. La casa tenía bastante de sobrenatural y él lo notó desde un principio. Pero no esperaba que lo incomodara de tal manera.

—En algún lado debe hallarse el altar —dijo apurado. —Debo terminar con ella antes del amanecer. Gana si yo no me apresuro, y no voy a dejarla que lo haga. No en vano la he estado persiguiendo todo este tiempo.

Aunque parecía encontrarse solo, tuvo un intenso presentimiento de que lo vigilaban. El viejo buscó el rastro de pies desnudos. Luego de revisar en varios cuartos lo encontró, se distinguían bastantes huellas con claridad. Miró el tamaño de las marcas en el suelo y de prisa hizo cálculos aproximados. Se santiguó, encomendándose a Dios. Al momento de arrancar varias astillas de la cruz en su rosario, escogió las huellas de mayor tamaño y, con fuerza, enterró los trozos de madera en el centro.

Un grito terrible le indicó que había acertado al escogerlas.

La astilla despedía un vaho pestilente. Laceraba por dentro la nariz del Brujito. Sin importarle el sufrimiento propio, corrió hacia donde escapaban los gritos y pudo ver un par de pies nebulosos unidos a una sombra, flotando a escasos centímetros del piso, se hallaban envueltos en una columna de humo y fuego, junto a un altar diabólico iluminado por velas negras. La sombra cayó y se revolcaba entre el mármol, levantando con sus exagerados movimientos una extraña nube de polvo que dificultaba la visión. Los escasos muebles empezaron a transformarse en sepulcros viejos y ataúdes oxidados. El piso de mármol pulido desapareció con lentitud, dejando en su lugar tierra suelta y fosas profanadas. De entre el polvo surgían numerosas manos huesudas y, con enormes dificultades, arrastraban sus propias lápidas. Con ellas formaron un círculo de roca alrededor del viejo impidiéndole cualquier movimiento. Al verse atrapado, el hombrecillo tomó tierra del suelo y la sacudió al aire, en tanto murmuraba oraciones nuevas.

Apenas percibió cuando una mano izquierda se aferró a su pantorrilla. El hombrecillo ni se inmutó, de un golpe resquebrajó los huesos y al partirse estos en pedazos, siguió machacando con los pies todos los huesos a su alrededor hasta que de los trozos escapó una nube luminosa, la misma que se elevó hasta alcanzar el techo para volverlo transparente. Bajo la claridad de la luna y las estrellas, se iluminó la estancia.

—¡Corran hacia afuera, de prisa!, —le gritó a los chicos que empezaban a hacerse visibles. No eran solamente dos. De un rápido vistazo contó más de una docena.

—¡Debemos hacerle caso, es el Brujito! —gritó uno de los niños.

—¡No sabemos a dónde ir, Brujito! —respondieron los otros, angustiados por la desesperación. Todavía está muy oscuro.

Al escucharlos, la sombra se puso de pie con dificultad y tomando la tapa de un féretro, la arrojó al aire. Mediante un giro grotesco, la tapa explotó en las alturas. El cielo respondió con una andanada de truenos y relámpagos. Nubes cargadas de tormenta cubrían de nuevo el lugar con sombras difusas.

Los niños corrieron a acurrucarse en un rincón alejado.

Las paredes desaparecían con lentitud en medio de movimientos bruscos y sonidos aterradores. Sólo la puerta de la entrada se resistió a desvanecerse.

El viejo se arrepintió de haberse dejado engañar por ese truco barato. Sentía la presencia de algo extraño que, arrastrándose en el suelo detrás de él, le afianzó un tobillo. De un tirón, se arrancó el rosario del cuello y buena parte de las cuentas se esparcieron entre la tierra, convirtiéndose cada una en numerosas llamaradas, las mismas que tras una danza vertiginosa sobre el piso, no se detuvieron hasta alcanzar la mano que lo tenía asido, convirtiéndola al instante en una hoguera. Arrojó el resto de las cuentas a la sombra y ante su roce, un terrible chillido se escuchó. El viejo no tuvo tiempo suficiente para organizar una nueva ofensiva y sin pensarlo, se abalanzo a su encuentro.

—¡Sabía que tarde o temprano te enfrentarías conmigo maldita!, —gritó furioso.

Mientras corría de prisa, separó el morral de cuero de su pecho con la intención de amarrarlo al cuello de su enemiga. Al advertir peligro en ese movimiento, la sombra se defendió con un fuerte rugido e hizo trastabillar al anciano.

Sin embargo, al tenerla cerca, ya no le pareció la figura de una sombra humana. Pudo darse cuenta de la realidad. Se trataba de una bestia con claros rasgos de distintos animales. Tan pronto se repuso de la sorpresa, el anciano dio un giro y se aferró a su enemigo por detrás, quien se sacudía convulsivamente con la intención de librarse de él, pero no fue capaz de lograrlo. La bestia, en su desesperada lucha, arrojaba mordiscos al aire topando en algunas ocasiones con su propio cuerpo. Bajo las salvajes dentelladas de ella misma, terminó sangrante, indefensa y herida de muerte.

El Brujito cayó al suelo, se miraba con extrañeza y al mismo tiempo se alegró de que no percibiera dolor alguno, tampoco sentía sus piernas. Estaba seguro que había sido alcanzado por las garras y los colmillos de la bestia al sujetarle el morral.

No quiso enterarse si aún se encontraba completo, o si le faltaba alguna de sus extremidades. Se hallaba completamente fatigado. Hizo un último esfuerzo. Sacó la veladora de su bolsillo, pudo encenderla con serias dificultades. Cerró los ojos y, después de acomodarse el sombrero sobre las canas, antes de perder el sentido, volvió a sonreírles a sus pequeños amigos. Enseguida, los niños fueron dirigidos hacia la calle por la luz de la flama. El Brujito, satisfecho de haberle dado fin a aquella

malvada mujer, sucumbió despacio entre el polvo de los muertos. Sus ojos no lograron cerrarse por completo, reflejaban con tranquilidad la calma y la brillantez que de nuevo se apoderaba del cielo.

Al amanecer, en la colonia Condesa se escucharon lamentos en las calles y avenidas. Eran las quejas de los niños. En una alborotada mezcla de lágrimas y gritos, les contaban a sus padres lo sucedido. Decían haber sido raptados por una señora. La misma de quien tanto hablaba el Brujito, y él les salvó la vida. Nadie quiso creerles, hasta que no descubrieron desperdigados sobre las camas, tierra, huesos humanos y en sus ropas, tenían manchas de sangre. Algunos aceptaron a regañadientes las palabras de los niños y otros los amenazaban con el cinto. Decían que el Brujito se las pagaría por infundirles a sus hijos el temor a esa historia de pesadilla.

Acudieron furibundos a su casa y, en poco tiempo se había reunido un grupo numeroso. Después de buscarlo con cuidado hasta en el último rincón, no lo hallaron por ningún lado. Sólo estaba el carro y sus utensilios de trabajo desperdigados en el piso.

—¡Nosotros sabemos dónde está! ¡Deveras, sí sabemos!, —repetían los niños.

Como siempre, les costó trabajo hacerse entender de los adultos.

Cansados de gritar como locos, salieron a la calle de prisa.

Sus papás fueron tras ellos, intentaban darles alcance sin lograrlo. Cruzaron calles, avenidas, jardines y

el parque, hasta detener su carrera junto a una puerta de caoba tallada. La empujaron y la sorpresa de los adultos no pudo haber sido mayor. Se encontraban a la entrada de un lugar desconocido para ellos.

Los niños corrieron hacia adentro y se arremolinaron junto a un cuerpo inerte, lo cubrieron de besos y le dieron las gracias por haberlos salvado. Un hombre dijo: —¡Qué extraño!, si no me equivoco, en este sitio había antes una lujosa mansión y ahora parece un cementerio abandonado.

Por la tarde, ni los médicos practicantes de la autopsia, ni los adultos durante la noche, después de llevar el cuerpo a su humilde cuarto, habían permitido a los chicos despedirse del Brujito.

Únicamente asistieron personas mayores al velorio.

Aun así, mientras dormían cada uno en su propia cama, los niños soñaron que acudían a despedir al hombrecillo de pelo largo. Al viejo al cual su cabello casi le rozaba el corazón; a su amigo el Brujito. A quien por las noches les mitigaba la sed con siete vasos de agua, puestos sobre un mantel blanco.

Ninguno sabría la verdad. Pero, en esa ocasión, no se trataba de un sueño.

El cuerpo del viejo descansaba en la cama sin un gesto en el rostro, parecía dormir tranquilo. Su pelo largo había crecido unos centímetros en las últimas horas y ahora, en realidad, le tocaba el corazón.

Los adultos se sorprendieron al descubrir que, de repente, sin saber de dónde provenían, llegaron pequeños desconocidos a despedirse del Brujito. En unos

cuantos minutos, de manera inexplicable, el cuarto se llenó de chiquillos que murmuraban extrañas oraciones. Con un gesto adolorido rodearon el camastro del anciano. Su abundante presencia fue desplazando a los adultos, quienes prefirieron dejarles espacio suficiente y salieron a la calle, dispuestos a fumarse un cigarro unos y a charlar los demás. Los rezos infantiles parecían lastimarles el pecho con la afilada punta de una espina, y por tal motivo se alejaron otro poco.

De improvviso, las oraciones cesaron para transformarse en alegres carcajadas que, lentamente, subían de tono. Después, se fueron apagando hasta hacerse casi inaudibles. Los adultos imaginaron percibir mezclada entre las risas, la inconfundible voz del Brujito.

La curiosidad los hizo regresar de inmediato y entraron apurados para encontrarse con una nueva sorpresa.

En el cuarto ya no había nadie, ni tampoco estaba el cuerpo del Brujito. Solamente descansaba sobre el camastro, un viejo sombrero de paja. Un sombrero cubierto de numerosas manchas, "los inmutables recuerdos de antiguas batallas", como decía en ocasiones aquel hombrucillo.

DEUDA

Porfirio García Trejo

Tu padre les prohibirá que abandonen la mesa. Es decir que junto con tu madre y tu hermana Marta, permanecerás frente a él sin comprender la razón de aquello. Expectante, escrutarás el rostro grueso del viejo. Él en tanto prolongará complacido aquel momento de tensión familiar. Tranquilo encenderá su pipa y aspirará profundamente el humo apestoso del tabaco, después, expirándolo aún iniciará el discurso.

—Seré breve, Óscar —dirá, y tú comprenderás que el asunto es contigo. "Pero entonces", te dirás, "¿Para qué retener a Marta y a mi madre?" Pronto vas a recibirte. Bien que mal has logrado concluir una carrera —así reprochará los tres años que perdiste buscando una licenciatura acorde con tu temperamento. Sé que el Licenciado Romero va a ocuparte y que, después de eso, te ha-

bremos perdido para siempre. Ah, si sabré yo lo que es un joven guapo, saludable y con dinero en los bolsillos... –después de unos segundos que te parecerán eternos, el viejo dirá. Es por eso que debo hablarte aunque, para ser sincero, no sé si deba estar presente tu madre. En fin... es el caso que me siento orgulloso de ti: me has demostrado que no fue infructuoso el tiempo que perdiste yendo de una Facultad a otra sin concluir una carrera. Veo que te ha servido y creo que así como lograste destacar como estudiante, también lo harás como profesionalista. Serás un abogado digno, responsable y persistente, de modo que pronto tendrás la casa llena de riquezas. ¡Qué bueno, hijo, qué bueno! Es éste precisamente el punto al que quería llegar. El otro día pensando en ti, en tus caprichos de niño, en tus gustos de adolescente y tus exageraciones de joven, llegué a la conclusión de que... he sido un buen padre. Por eso me permití, entre lágrimas y risas de alegría, al recordarte en tu cuna o montando alguno de esos juguetes que tanto te empeñaste en que comprara, al verte en mi memoria vestido de uniforme, llevando bajo el brazo tus libros bellamente empastados, me permití, decía, elaborar un recuento tosco y poco justo para mí, del dinero que he tenido que invertir en tus estudios. Martita, por favor, tráeme el block negro que está en mi buró. No es mi intención que me pagues absolutamente todo. Entiendo que tú querrás casarte y que...

– ¡Óscar! ¿Pero es que piensas cobrarle a tu hijo? No puedo creerlo. ¡Hasta dónde llega tu tacañería!

– Mujer, por favor – dirá tu padre quien, a pesar de tu desconcierto, empezará a parecerte abominable –,

no es cuestión de tacañería sino de precaución: ya soy un viejo y no tengo nada. ¿Sabes por qué? Porque no tuve un padre que pagara mis estudios. A Óscar le he dado algo que nadie podrá quitarle nunca: ya es un profesionalista. Es muy justo que yo se lo haya dado; pero también que él, como hijo, asegure nuestra vejez con su trabajo. Un trabajo que, como te he dicho, será mucho más descansado que el que yo realicé para que él se hiciera hombre.

– Pero no es justo – dirá tu madre verdaderamente indignada –, el cariño de un padre debe ser desinteresado: debe dar todo sin esperar nada a cambio.

– De ninguna manera, si fuera rico nada le pediría, pero en las circunstancias en que nos encontramos... Además, toma en cuenta que no cobro intereses, sólo lo que invertí.

Al fin volverá Marta con un cuaderno en las manos. Tu padre lo hojeará y después, satisfecho, lo acercará a sus pequeños y abotagados ojos.

– Mira – dirá mostrándotelo –, aquí están anotados todos los gastos que hice desde el momento en que iniciaste la primaria. Como ves, es menos de lo que pensabas.

Tú tomarás el cuaderno con manos trémulas, recorrerás sin entender, aquellos números y aquellas letras. Sólo la cifra final podrá impactarte: Tres millones cerrados. ¡Tres millones! Sin percibir un solo centavo ya estarás endeudado de por vida. ¡Nunca cubrirás aquella cifra! El viejo te observará atento.

– No te alarmes, hijo – te dirá con tono comprensivo –, tienes todo el tiempo que necesites. Entiendo que tardarás un poco en percibir tamaña riqueza.

¡Riqueza! ¡Futuro! Como si pudieras esperar algo, además del agobio de deberle tanto a tu propio padre. Incapaz de escupir su cara, dirás tartamudeando:

—No se preocupe, papá, yo le pagaré hasta el último centavo.

Tu voz se estrangulará en tu garganta. Temerás empezar a llorar en cualquier momento. Tu madre explotará ofendida:

—¡Qué infame eres, Óscar, de veras! Mira cómo martirizas al muchacho. Él nunca te pidió nada...

—¿Nada? ¿Y el auto, y las raquetas y la computadora?

—¡Tonterías! Lo que es yo, óyelo bien, no tocaré un centavo de mi hijo. No le di la vida para cobrársela. Si insistes, tendremos un disgusto enorme. Piénsalo, porque ya me conoces.

Cínicamente el viejo dirá a tu oído:

—No hagas caso. Te quiere demasiado y piensa que es injusto, pero confío en que sabrás entenderme. Marta es pequeña, debo asegurar su futuro.

Por supuesto, lo entenderás, pero... aun así te parecerá muy cruel. En ese momento pensarás que tal vez se trate de una broma. De esas que hace tu padre cotidianamente, faltas de humor y de alegría. Una broma, ¿por qué no? al final podrá declararlo.

—Sé que pude habértelo pedido como un favor y que tal vez no te habrías negado, pero... prefiero cobrar dignamente lo que es mío.

Aún no entenderás cuando, en compañía de tu madre, te dirijas a la puerta, esperando, hasta el último

momento, las palabras que pongan fin a aquella broma, las palabras justas que al fin te devuelvan la alegría, las palabras de cariño que tu padre, en su sequedad habitual, nunca dirá para salvar la unidad singular de la familia.

PINCHE LOCO

Porfirio García Trejo

A Juan Hernández Mercado, por loco, nada más.

A Alex Morelli, jesuita ejemplar. In memoriam.

Indígena tal vez, de rasgos duros, moreno, piel de ceiba, corazón a saltos, luz de inteligencia en las pupilas. Hombre de papel de estraza; vulgar, dirían algunos; firme, otros; singular, todos. Amigo de Dios y de las cosas. Llevaba una clase social en sí, y la defendía. “Soy de todos –decía en misa– del tamaño de sus propios egoísmos”. Pero no era egoísta, al contrario, era de esos sacerdotes en vías de extinción, que gustan de quitarse el mundo para que otros, humildes más que ellos, lo pisen, lo luzcan en la solapa de su entendimiento. “Don” le decían las bandas del rumbo, con respeto, pero con confianza, en buena onda. Muchas veces lo vi pasar frente a mi casa. Iba hacia la parroquia, es decir, hacia el bal-

dío de don Pedro. Terreno desolado que su dueño, sin posibilidad de fincarlo, le prestaba los domingos para que oficiara la misa banda, el acto consagratorio de los pandilleros y vagos, de los chemos y chelos de la zona. Al principio nadie asistía, ni las señoras, ni las criadas de las casonas. Consideraban humillante que un hombre así, sacerdote al parecer, de mal vestir, vulgar en sus modales y facciones, pretendiera officiar para todos, incluso para aquella clase social lumpen, cuando, según ellas, por su carácter sagrado, la misa debe ser exclusiva de las buenas conciencias. Las bandas tampoco asistían, “un pandillero en misa —decían—, no mamen”, e ignoraban deliberadamente los carteles que el hombre pegaba en los mercados, en las esquinas, en la iglesia misma, y que rezaban: “Misa para la banda”. La gente reía bobalicona ante la inocentada del señor cura. Las bandas son violentas, maledicentes, ateas, agresivas, ¿cómo podía esperar que respondieran a su llamado? Tal vez él tampoco lo creía, pero no desistió, su paciencia estaba a prueba de sordos y de pendejos. Un domingo lo vi solo en el atrio improvisado, oficiando ante nadie una supuesta misa que ni a Dios, en caso de existir, debió agradecerle. “Pinche loco”, pensé, y seguramente no fui el único. Nadie entró y al parecer así lo esperaba, porque continuó oficiando e incluso comulgó él solo, tomó de su mano temblorosa la hostia que, con el sol dominical, semejaba un diente de luna, un espejo o un quinqué sobre nuestras adormecidas conciencias.

Pasaron meses, y sólo volví a acordarme de él cuando alguien me dijo que ya había concurrencia. Fe-

ligreses despistados que nada tenían que hacer en sus casas, sino el ridículo allá donde el nuevo y estridente señor cura. No lo creí, pero un día mi madre, mujer de todo mi cariño, me dijo que era cierto, que incluso ella asistía los domingos. “Pero si está loco”, dije asombrado. “No seas insolente, hijo. El señor cura es muy buena persona”. “Pues lo será, pero ¿a quién se le ocurre anunciar misas para la banda? Ni la atrae, ni atrae a las personas decentes. ¿Quién va a querer convivir con esa ralea?” “Yo...”, dijo mi madre molesta. “Pero, madrecita”, “y todo el vecindario, porque hoy, especialmente hoy, estuvimos ahí todos”. “¿Todos?” “Hasta los chavos banda”. “No”. “Sí, muchos de ellos. El padre nos advirtió hace tiempo, que la misa es para ellos, que no debemos disgustarnos si utiliza de pronto palabras altisonantes, términos comunes para ellos. Deberías asistir para que te convencieras”.

Así lo hice. Al domingo siguiente me levanté con el firme propósito de satisfacer mi curiosidad. “¡Misa para bandas! Pinche loco”, pensé de nuevo antes de dirigirme hacia la “iglesia”. Estaba llena, increíblemente a reventar. “¿Cómo —pensé—, si hace unas semanas oficiaba únicamente para él?” Entre la concurrencia no sólo vi vecinos, también gente extraña vestida elegantemente. Otra, humilde, aunque también desconocida, vendría tal vez de barrios aledaños. Junto a ellas, rostros sucios, pelos parados, chamarras de piel estoperoleada, extravagancia de bandas que, desconfiadas, se habían adueñado de lugares estratégicos para escuchar la misa. Al otro extremo tal vez, estarían bandas enemigas. Hubiese

sido ridículo que ahí, al pie de la obra de Dios, aquellos bárbaros hubieran armado tremenda trifulca. El evangelio transcurrió tranquilo. El hombre sabía narrar, le daba cierto interés que ni en la Biblia había encontrado. Además, sus reflexiones, nos hacían pensar, sacar conclusiones propias, volvíamos a escribir pasajes bíblicos. “Pinche loco”, tenía algo que atrapaba. “Oremos, dijo melodiosamente. Hermanos, este es el cuerpo de Cristo que será entregado por vosotros”. La campanilla rompió la luz con su estridencia. Muchos caímos de rodillas. La banda, en cambio, permaneció de pie, desconfiada, rebelde aún, no sé. El hombre abandonó la miel y dijo entonces: “Órale, cabrones, hínquense”. Nadie pareció asustarse. Las damas nobles de la colonia permanecieron arrodilladas en el piso de tierra, humildemente. No les asustaba que aquel sujeto hablara así, entendían que no se dirigía a ellas, que estaba tratando de civilizar a aquellos, que Dios podía hablar de cualquier manera con tal de atraerlos hacia sí, de empezar a mandar en su desorientado pensamiento. Pensé entonces que era un hombre peligroso. Si podía controlar a aquella clase social esencialmente rebelde, podía hacerlo con cualquier otra. Grande fue mi sorpresa cuando al final concluyó diciendo: “Jesús no era gandalla, pero tampoco toleraba chingaderas, por eso condenó la rapiña, la ambición desmedida y el desmadre: más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que un pinche rico entre al cielo. Nada justifica que el hombre sea el lobo del hombre. Ser buenos, es en esencia respetarnos, querernos sin que las estupideces sociales nos aíslen”.

Comenzó la comunión y ya no quise quedarme. Sabía lo suficiente sobre él y la verdad lo respetaba. Otras actividades de aquel hombre, encaminadas a beneficiar a la comunidad, terminaron al fin de convencerme: regalaba medicamentos, no cobraba las misas de difunto ni las de matrimonio. Asistía a ayudar a bien morir a cualquier hora, incluso de la noche, por lejos que estuviera. Participaba en la siembra de árboles, hacía colectas para los menesterosos, fundó el primer centro cultural que tuvimos, nuestro primer periódico, en fin, muchas actividades. No rehuía el trabajo. Logró ser uno más de la colonia, parecido a todos. Nos igualaba, sí, nunca como entonces comprendí aquel término: igualdad. De derechos y de obligaciones. Sus palabras insistentes definieron para siempre nuestras vidas. “Ora, hijos de la chingada, ¿van a participar o no?” La gente aprendió a hacerlo en beneficio de quien fuera. Cuando lo cambiaron de zona, la iglesia siguió estando llena los domingos, a pesar de que el sustituto resultó mucho más limitadito: la gente sabía, sin embargo, que ahora a ella le correspondía civilizarlo. El hombre terminó participando con nosotros en nuestras actividades sociales. En misa, por ejemplo, intentó imponer cantos decorosos, pero la banda, que el nuevo prelado veía con extrañeza y miedo, le exigía: “¿Ora, cabrón, qué no vamos a entonar nuestros cantos?” “Estos son”, decía él. “Ni madres, le contestaban, apréndetelos, son de aquí y son nuestros”.

Adiós, reina del cielo,
la banda ya se va,

adiós, valedorcita,
adiós, adiós, adiós.

Así cantábamos para nunca terminar, con la imagen de un cura amigo que supo vivir y soñar para Dios, pero en especial... para nosotros.

LOS JARDINES DE SAL

Daniela Flores Guzmán

¡Pam!¡Pam!¡Pam!, debió haber retumbado mi corazón.

En medio de tanta gente y tantos gritos y vítores afuera no me di cuenta de los gritos internos de mi sangre, pero estaba orinando con mucha calma. Mi puntualidad era irreprochable. Pronto estaría afuera y esperaría, como suelen esperar los enamorados en una cita a ciegas, en medio de la calle empedrada.

Llevaba puesta mi chamarra de piel con peluche en el cuello, un peluche vistoso y fino que me hacía recordar los vellos púbicos de las vírgenes o el cabello de la Venus de Botticelli.

Tenía las manos metidas en las bolsas. Sólo me hacía falta tener un cigarrillo encendido en la boca para ser la perfecta postal de quien espera, pero el tabaco en solitario siempre me ha parecido algo estúpido. Fumar

sin compañía era quizá como la masturbación. En eso pensaba cuando apareció a lo lejos el hombre que estaba esperando. Y de quien parecía yo conocerlo todo, incluso sus vidas pasadas. Un perfecto desconocido en las puertas de mi vida. Un viejo amigo por lo que veía.

Creo que lo primero que hice fue abrazarlo y darle un discreto beso en la mejilla. Era alto, más alto de lo que yo imaginaba. Con los ojos aceitunados, y un lunar cerca de la boca, que era quizá lo que me había arrancado de mi asiento.

En mi cita anterior y sin preámbulo fui a parar al primer cuarto de hotel que encontré, me había topado con el perfecto amante: bello y con un toque rabioso que su juventud de veinte años le daba.

Pero, ahí estaba yo de nuevo, sentada frente a una nueva conquista. Estaba imaginando el pene erecto de ese joven tan alto. No sabía si concentrarme en sus manos, en su boca, en sus dientes, en su lunar que sin duda era comestible. Temblaba frente a él, sólo de placer. Era sin duda una mujer, una hembra, disfrutando a un desconocido, a un macho de una manada venido de lejos, y que habría ido al mismísimo infierno tras de mí.

Un soñador y una ninfómana es una buena fórmula para un crimen pasional de primera plana.

Salimos del bar y nos fuimos caminando hacia la avenida. La gente se atropellaba y corría festivamente. Veníamos platicando, K y yo. Escuchaba con atención que su dieta consistía única y exclusivamente en productos marinos, y me detalló que sólo comía peces. Lo miré bien y me pareció platicar con uno. Ya llevaba puesto yo

su sombrero, su ridículo sombrero negro, que debió haberme hecho parecer algo extravagante. Estaba lista para entrar en acción. La noche de júbilo apenas comenzaba. Pasamos a comprar chocolates de menta, porque me dio la gana devorarlos antes que al océano. No había nada que decir. Las manos me sudaban y temblaba como perro callejero en medio de la noche gélida. Nunca, nunca había tenido un pez tanto tiempo entre las manos y esa noche conocí el semen del mar en los jardines de sal.

**MI CORAZÓN
NO LO TRAIGO COLGADO NOMÁS DE ADORNO**

Filadelfo Sandoval

Juana Baladí, embarazada de nueve meses, viaja del metro Pantitlán rumbo a la estación Hospital General, entre tantos usuarios que la apretujan por todas partes; haciéndola sentirse un punto insignificante.

El gentío exhala la angustia del horario matutino de entrada a sus labores.

Los punzantes dolores del vientre de la mujer, anuncian el parto inmediato; sin embargo, aunque se siente abrumada, no le importa la incomodidad, ni el calor asfixiante de la mañana, ni el cansancio de viajar de pie; con tal de llegar lo más pronto posible a la sala de maternidad.

El metro se retrasa en algunas estaciones tragándose el tiempo adecuado y hace pausas enormes para

avanzar. Juana siente un sudor frío, como si trajera un enorme bloque de hielo sobre su cuerpo que la hace emitir leves y profundos quejidos.

Sus malestares quedan anestesiados por el fuerte zumbido de un aparato portátil que un vendedor de discos mp3 enciende a todo volumen escuchándose la música de Rigo Tovar y su conjunto Costa Azul.

El vendedor de discos baja en la siguiente estación y Juana se da tiempo de medio acomodarse entre un hombre gordo que lee un periódico de notas deportivas y una señora que lleva un perro chihuahuero dentro de una caja.

En la siguiente estación, un muchacho demacrado, sin camisa y con la espalda llena de heridas sangrantes, casi a los pies de Juana, se pone a dar tres o cuatro marometas sobre un puñado de vidrios de botellas rotas y después pide una cooperación económica sin importarle a quiénes pisa y empuja a su paso.

Entre la aglomeración, un tipo lujurioso, con el sexo firme, se repega lujuriosamente a la espalda de la mujer, frotándose sobre sus ropas.

Al sentir la presencia de su agresor, ella dice:

— ¡Hágase *pa' tras*, viejo cochino! ¿No está viendo que casi no puedo detenerme de pie...?

Juana Baladí empuja al tipo y trata de sostenerse con voluntad posible dentro de aquella lata de sardinas con ruedas.

Su contrincante insiste y pega sus labios salivosos en la nuca de Juana. Ella lo rechaza dándole un fuerte codazo. El hombre lejos de intimidarse, con mirada lúbrica trabaja las manos sobre el cuerpo de ella:

— ¡Deje de manosearme! ¡Vaya a meterle mano a su pinche madre...!

Los usuarios se dan cuenta de la incomodidad de Juana ante su victimario; pero todos en esta ocasión ponen cara de indiferencia, otros fingen cansancio y cabecean de sueño; algunos más se mueven al ritmo de la música que sus audífonos les conecta desde el *walkman*...

Juana lucha porque su reducido entorno tenga una bocanada suficiente de aire para respirar. El transporte subterráneo llega al andén en donde Juana descende y detrás de ella el tipo libidinoso se aparta rápidamente de la mujer, escabulléndose entre la gente.

Juana Baladí sale expulsada del vagón en medio de la anónima turba de gente que empuja y atropella en tropel.

El tren arranca después del habitual sonido que indica el cierre de puertas. Juana Baladí esquivando el alud humano, aturdida, permanece en el andén esperando que todos suban las escaleras.

Se acomoda la bata de maternidad, se anuda una pañoleta que lleva en la cabeza, en donde se asoma un mechón de cabellos rubios y encaminándose rumbo a las escaleras. Instintivamente se busca algo dentro de las bolsas de la bata, al mismo tiempo que se agarra el abultado vientre, dándose cuenta que le hace falta su monedero y los papeles que deberá entregar en el hospital.

— ¡Mi monedero! ¡Agarren a ese desgraciado...!
¡Ayúdenme!

Nadie le hace caso. Los pocos pasajeros que aún quedan en el andén la ven como si fuera una alimaña rugosa.

— También se llevó los expedientes del hospital...

Mi dinero...por eso me seguía trasteando... ¿por qué no le hice caso a Herminia?

Y es que su prima Herminia, que atiende a su hijo Toñito y con la que comparte el mismo cuartucho en Ciudad Neza, se lo advirtió tantas veces:

– Cuida tu dinero. No te lo vayan a volar.

Pero ella, necia y confiada, como en todas sus cosas, jamás le hizo caso.

Lo mismo pasó cuando Juan Padrote la cortejaba galantemente y hasta su misma prima la instruyó para usar preservativos... pero... el veneno de Juan resultó ser más efectivo logrando que ahora Juana Baladí se dirija hacia las escaleras rumbo a la calle con su vientre en ebullición.

– ¡Ay...mi panza...! Le hubiera dicho a Herminia que me acompañara hasta el hospital...pero pos ella tenía prisa por dejar a Toñito en la guardería y luego irse a su trabajo... ¡Ay, Dios! *Ora* cómo diablos pagaré los gastos del hospital.

El abultado vientre de Juana no tardará en hacer erupción. Con ambas manos retiene su abdomen y logra llegar hasta los torniquetes de la salida de la estación. Absorbe una bocanada de aire y siente algunos movimientos dentro de la barriga. Conforta al ser que lleva en su interior:

– Sosiégate... criaturita... ya veremos cómo salimos de ésta...

Los coches pasan velozmente. Juana se da cuenta que en vez de bajar en la estación Hospital General, se bajó en Centro Médico y por lo tanto debe regresar a

donde está la sala de maternidad que le corresponde por cuestiones de atención popular. Sus labios resecos besan una medallita de oro que cuelga sobre sus abultados senos. Los dolores son cada vez más fuertes.

Decide tomar un taxi. Se sorprende al notar que el taxista lleva una cinta adhesiva pegada en la boca. A señas, el conductor le pregunta a Juana a dónde debe llevarla. Juana, sintiendo fuertes piquetes en la columna vertebral le pide al taxista que la lleve al Hospital General.

El chofer abre la puerta; Juana se sienta en el asiento trasero del bochito y pregunta por qué lleva el parche en la boca, la respuesta del conductor es extendiendo una hoja-panfleto en donde los médicos invitan a la ciudadanía a realizar la “huelga del silencio” con la cual pretenden lograr mejores sueldos y prestaciones para los médicos así como más beneficios en los hospitales de la ciudad.

Juana lee la consigna y se da cuenta que han llegado a la puerta del Hospital General. Un numeroso grupo de médicos y enfermeras, todos, con su parche en la boca despliegan grandes pancartas de tela con enormes letreros sobre “la huelga del silencio”. ¡Solución a nuestras demandas!

“La huelga del silencio gritará nuestra democracia”, “La salud es primero”. El contingente se agrupa de manera ordenada y emprenden una marcha en absoluto silencio rumbo al centro de la ciudad.

Juana ve pasar la marcha y ante los ojos de los galenos, siente desvanecerse. El chofer, con señas, le pide que le pague el servicio y que se baje del taxi. Juana le

dice que le pagará en un momento y en ese instante sufre una especie de desmayo y con alguna misteriosa energía, grita desafortadamente pidiéndole al taxista que le ayude a llegar a la sala de urgencias.

El taxista arrastra a Juana, en calidad de bulto, hacia el interior de la sala de maternidad, que parece un lugar silencioso en completo abandono. Algunas mujeres embarazadas se pasean y se miran entre sí como sombras fantasmagóricas.

Varios enfermos en batas azules; desfallecientes, desahuciados y con miradas vidriosas se han reunido por inercia en el lugar como buscando alguna explicación por la ausencia de todo el personal que trabaja en el lugar. Juana grita ante los dolores inaguantables que siente en su cuerpo encendido, como si un grupo de roedores electrizados le carcomieran las entrañas.

—¡Ayúdenme! ¡Ya no puedo...! Siento que la tripa se me rompe...

Se palpa la bata y siente un ligero y cálido líquido escurriendo lentamente en medio de sus piernas. Le ordena al taxista que vaya a buscar un doctor. El taxista finge estar preocupado y se conforma con mirar a todas direcciones de la estancia. Los enfermos que pululaban hacía unos momentos en la sala, han desaparecido.

El chafirete se detiene ante una manta enorme colgada en uno de los cristales del hospital y echa una mirada hacia los escritorios de las enfermeras que laboran en la recepción de la sala. Se acerca a uno de los escritorios queriendo abrir los cajones del mueble pero sus planes se desvanecen cuando descubre que del pasillo del fondo se

acerca una enfermera. La enfermera se adhiere su pegote en la boca y el taxista señala a Juana que está tirada en el suelo, resollando como un animal herido.

La enfermera, con los ojos, interroga al conductor dándole a entender si entre ellos existe alguna relación. El hombre se encoge de hombros como diciendo que no lo involucren en ese tipo de cosas. La enfermera busca algunos papeles entre los cajones de los archivos.

Mientras tanto, el chofer incorpora a Juana, acomodándola sobre uno de los asientos y a señas le exige el importe del servicio del transporte. Juana le explica que le robaron su monedero ofreciéndole la medalla de oro que lleva en el cuello, a la vez que le muestra el pecho. El hombre, con los ojos fascinados por los atractivos senos de la mujer, por el brillo de la medalla y por la irradiación de sus manos, de un tirón arranca la cadena de oro sin dejar pasar la ocasión de darle un fuerte apretón a los senos voluminosos de la mujer. En fracción de segundos, el hombre desaparece de la sala.

A Juana no le parece justa la actitud del conductor, pero no le queda otra cosa que resignarse. Juana queda atónita al ver que la enfermera se acerca a ella ofreciéndole una hoja de papel y una pluma para que llene los datos requeridos. La enfermera gesticula preguntando por el taxista.

—Se fue, No era nada mío... Nomás me trajo aquí y el infeliz se cobró caro el viajecito... contestó Juana.

La enfermera se retira de la sala. A través de los cristales del lugar se une a otro grupo de médicos que se han reunido en la calle y caminan para reunirse con sus demás colegas y compañeros.

Juana lee el papel: — ¿Casada? No... El Juan desapareció de mi lado cuando le dije que íbamos a ser padres y que sería bueno que pensáramos en matrimoniarnos... pero su contestación fue *nomás* volverse como de aire... ¿En dónde estará el Juan? Vaya Dios a saber... pero yo le daré el regalo que tantas veces pretendió cuando se mostraba buena alma, cachondo y bien caliente... cuando en una noche te entregué mi alma y tú entraste con todas tus fuerzas como una fuerte llovizna sobre el campo de las cosechas. Esa noche nos acompañaba una estrella grandota que yo veía por la ventana del hotel mientras tú maniobrabas detrás de mí derramando los chorros de tu cuerpo y me invitabas a viajar a lugares que *nomás* tú y yo compartiríamos... y con nuestro chilpayatito desde luego... ¿En qué lugar puedo encontrar tu sombra aunque sea? ¿Mis padres? ya no tengo... me desconocieron como hija legítima por salir panzona y sin las bendiciones de la iglesia... ¿Ingresos? tuve mis ahorros... pero ya no tengo nada... ¿Escolaridad? Estudié hasta segundo de secundaria... aunque... estoy aprendiendo más de la vida en estos momentos. Mientras tenga vida haré todo lo posible por salir adelante... Juan, ¿algún día regresarás? No importa.

¿Traerás algún juguete a tu hijo? ¿Volverás a decirme palabras llenas de ternura como las que me hiciste creer? Juan... vuelve. No tengas miedo. Aquí está el regalo que tanto esperabas y nacerá con mucha alegría... porque yo sí sentí tanta alegría recibir tus flemas en el fondo de mi corazón. No era un juego. Para una mujer sentirse madre es transformar el corazón en un eterno

faro que irá iluminando a quien ni siquiera pidió nacer pero que ya anda vivo por el mundo de los sueños y por las vías de la sorpresa... Ya ves... me teñí el pelo de rubio porque decías que yo te recordaba a la Marilyn que decías te deslumbró en una de sus películas que viste en un cine de barriada y te hiciste a la idea de conquistar a una güera de a de veras... Mira, esta pañoleta que llevo en la cabeza la voy a transformar en nuestro bebé... Juan, mira como lo arrullo... ya... pequeñín... deja de llorar... tienes hambre... ten... muerde mis tetas y báñate con toda mi leche que es dulce... como el almíbar que dicen que había en los personajes de la Biblia... esa miel de la que tanto hablaba Sor Josefina en las reuniones que teníamos los fines de semana en la iglesia de la colonia... Duérmeme mi niño...a tu padre le encantaba dormirse con la boca llena por mis tetas... Toma mi vida. Te lo estoy dando con el verdadero amor de madre... Ayyy... Desde cuándo andas a punto de salir...y nada que te animas... no importa que nadie nos atienda... tu destino es que termines de salirte a esta vida y que tu cuerpo y tu alma acepte el reto del triunfo que nunca solicitaste... Juana, invadida por un calor asfixiante, empieza a desnudarse, mostrando un cuerpo maternal y mágico, atractiva, porque los senos, la cintura y el pubis invitan a seguir compartiendo las fiestas que Juan Padrote dejó a medias, sin disfrutar de la cresta amatoria que nunca intuitó, ni del esplendoroso cuerpo de Venus que Juana irradia al momento de su presunción maternal.

Algunos de los enfermos desahuciados se acercan a la mujer para auxiliarla en el parto. Juana, en medio

de los enfermos desesperanzados, ofrece su cuerpo a la vida. Un anciano, apoyándose en su andadera de aluminio, enciende un ventilador que está sobre la mesa de recepciones y con el aire fresco, los cabellos teñidos de rubio de Juana se agitan como briosos corceles a punto de elevar el vuelo rumbo al cosmos materno.

Una mujer que babea y tiene los ojos astigmatados, de algún florero de las enfermeras, lanza rosas, claveles y gardenias sobre el cuerpo marmóreo de Juana, que lentamente va cayendo en el suelo hasta quedar como una horqueta humana y expulsa su lava ensangrentada. Otro enfermo la cubre con una cobija que llevaba sobre el hombro.

El llanto de un recién nacido rompe el silencio de la sala en donde solamente se ve la oscuridad de la noche y sobre los cristales brilla una estrella que parece astillarse de esperanza en el infinito desconocido.

ENTRE BAZAS

Filadelfo Sandoval

SUICIDA

La mujer barbuda, frente al espejo, se dio por vencida ante la nulidad de las navajas de rasurar. De un día para otro, siempre brotaba en sus facciones, un vello primitivo que rápidamente se convertía en una barba cerdosa. Sin embargo, cuando decidió cortarse las venas con las mismas navajas de rasurar, comprobó que no eran del todo inservibles...

PRESENCIA MÁGICA

No comprendo cómo es que la sangre de ese cadáver me salpicó la ropa; si el asesinato lo observé desde la otra acera.

ENTRE BAZAS

—Te amo— le dije. Ella entrecerró lo ojos olvidándose completamente de sí misma y tuve la sensación de que en ese instante ya era mía. Cuando volvió a la realidad, sobreponiéndose del ensueño, ya no era la misma. Soltando una fuerte carcajada, me dijo: —Eres igual a los demás.

ROMANCE DISPAREJO

El hombre solitario se desnudó a la luz de la lámpara de la recámara, luciendo su gran artefacto sexual, medio curvo y puntiagudo como una daga morisca; y sucedió que la muñeca inflable, adquirida unas horas antes, se incorporó de la cama y comenzó a vestirse rápidamente.

TRIBU

Todo mundo conocía a ese extraño personaje. Me lo encontraba en todos los eventos culturales; en la presentación de algún libro, en el estreno de las obras de teatro, en las exposiciones pictóricas, en los conciertos... Sergio, mi amigo, me dijo: —Es famoso... pero... no recuerdo su nombre. Nadie recordaba su nombre... Aunque, al unísono, los que pululan en los actos culturales, coincidían en que era muy famoso.

CRISÁSTICO

La oscuridad está aquí. Es un puño misterioso que con dedos anónimos lo cubre a uno y lo asfixia. Sin que nadie vuelva a saber de uno mismo.

REALISMO MÁGICO

Aquella noche recibí la noticia más espantosa que también conmocionó a todo el pueblo.

En la iglesia, las campanas soltaron su llanto de bronce, motivo que nos reunió en el atrio: Juan Palomino nos mostró el periódico y divisamos los cuerpos difuntos y mancillados de Ana Serapia, de Bernardita José y de Maritoña Carrasco, tirados en un camino despoblado de la frontera gringa... Se habían ido a las tierras gringas, *quesque pa mejora su vida... pa' eso, mejor ni haber nacido, mejor cargar con la conciencia negra por ofender al Dios progenitor de uno o mejor estar sordo y ciego de por vida...; y tu, Juana Rancho, que también te juites en la caravana con las ora difuntas, naiden te mencionó...ni tu fotografía está entre las descoyuntadas... y hasta la fecha, naiden sabe si te escabullites en la nada o por allá disfrutas de grata preferencia... ontás, bien de mi vida...*

Desde entonces, con el corazón desmadejado de tristeza, camino entre la vacilación del desconsuelo, tropezándome con el vacío de alguna respuesta que me consolara *ansina* de tantito.

UTOPIÁS Y DISTOPÍAS

¡La naturaleza también sufre sus depres! La televisión informó que en la atmósfera, habrá depresión pluvial a partir del día de hoy.

HORMONICIDAS

Un hombre, con maleta en mano, detiene un taxi, pidiéndole al chofer lo conduzca a la carretera más lejana y abandonada de la ciudad. El taxista guarda la maleta

del pasajero en la cajuela; dándose cuenta que el equipaje chorrea sangre fresca.

— En la maleta llevo a mi mujer destazada — dice el hombre.

El chofer contesta: — Yo también traigo a mi mujer dentro de una maleta y en la cajuela del coche, pero sin destazar... voy a tirarla en la carretera más lejana y abandonada de la ciudad.

Ambos se dirigen a la orilla de la ciudad. En la carretera, se detienen ante un trailer de doble remolque, donde infinidad de maridos arrojan sus maletas en la carretera más lejana y abandonada de la ciudad.

UTOPIAS Y DISTOPÍAS

Ni aun como cadáver se le quitó lo coqueto. Cuando le tomaron la última fotografía, dentro del ataúd, abrió los ojos y lució la mejor de sus sonrisas.

GORE

Se le veía en todas las rutas de los autobuses; también en el metro: repegándose detrás de los hombres y de las mujeres, con notorias embestidas sexuales. Cuando lo detuvo la guardia de seguridad, declaró: “Ando en busca de la ruta de mi identidad”.

ALBUREROS

— No cabe duda, aquí el que no cae, resbala...

— Pos sí... A este me le caí encima y ya me lo ensarté.

BESTIARIO

El tren se descarriló sobre un sembradío de milpas, dejando a muchos pasajeros descuartizados sobre la vía.

Un conejo, de pelambre pardo y orejas puntiagudas, se llenó de felicidad, al llevarse a su madriguera, la pata de uno de los accidentados...

UTOPIAS Y DISTOPÍAS

En el planeta Splop, todo aquél que engaña, a sus semejantes se desintegra al instante. Sería fabuloso que por allá vivieran nuestros políticos mexicanos.

PAREJAS Y DISPAREJAS

Aquel hombre, después de hacer el amor con su amante, se puso sus pantalones y su playera en que se lee un letrero impreso: “Soy totalmente tu amasio”.

UTOPIAS Y DISTOPÍAS

Quasimodo tuvo una hija llamada Esmeralda, a la que jamás le permitieron ver. Con el tiempo, la muchacha además de tener el alma virtuosa, destacó como reina de belleza. Un día, Quasimodo la vio pasar por la calle y ella volteó a verlo con lástima y curiosidad. Ambos quedaron encandilados por la chispa misteriosa del amor, que ella le demostró dándole el último trago de agua al hombre contrahecho que moriría en el patíbulo...

AGUSTINA

Suriel Martínez

Mi abuela llega al aeropuerto procedente de California, tiene 95 años, la acompaña mi tía y el marido de ésta.

El yerno empuja la silla de ruedas hasta la banda del equipaje, jalan tres maletas y se dirigen a la salida. Ahí los espera uno de mis tíos. Antes de ayudar con las maletas pregunta a su madre ¿cómo ha estado? La abuela lo mira y no contesta nada.

Durante el viaje entre el aeropuerto y la casa de la abuela, mi tía informa a su hermano sobre la salud de doña Agustina, así la llama. Está tranquila pero ya no reconoce casi a nadie. La mayor parte del tiempo permanece sentada o acostada, todavía se levanta a caminar cuando no la vemos. Tenemos que estar muy al pendiente o se nos puede caer. El marido confirma con un movimiento de cabeza y a la vez dice: “No la podemos dejar sola ni un

ratito. Incluso en la noche dormimos en la misma habitación. En la familia todos somos viejos. Algunos nietos ya son abuelos. Es difícil cuidar de ella". Cosa curiosa e injusta, los viejos tienen que cuidar a los viejos. Algunos hablan de la necesidad de la abuela, en pláticas en las que a veces no se sabe si lo dicen por su conducta de los últimos años o por su aferramiento a la vida.

Escribo esto mientras espero el recuerdo que me traslade a mi infancia, donde vea a mi abuela llegando, cargada de maletas llenas de cosas para vender o regalos para sus hijos y nietos. Siempre el mismo consejo; Mamá, ya no cargue tanto. Siempre la misma respuesta: A mí me da gusto traerles aunque sea algo". Sentada en un sillón de la sala deshoja cada una de sus maletas y enumera las cosas que trajo para sus clientas-amigas. Este gobelino es para doña Graciela... La plancha, se la traje a Dorita, para que se gane sus centavos... Blusas para las hijas de mi comadre Magos, ojalá todavía les queden.

Muchas imágenes y pocos recuerdos, ¿Qué diferencia? Las imágenes no tienen consejos, regaños ni moralejas, son sólo estampas guardadas en alguno de los álbumes de mi memoria.

La abuela llegando o yéndose con su bolso bajo el brazo.

La abuela con sombrero arreglando las plantas de su jardín.

La abuela trae un gatito en una bolsa de papel y me lo regala.

La abuela enojada porque sus hijos (y nietos) beben alcohol el día de su cumpleaños (o cualquier otra fiesta).

La abuela sentada a la orilla de la cama leyendo la Biblia (desconozco si algún día la terminó).

La abuela ordenando que se dé de comer a la gente.

La abuela comprando en algún almacén del centro.

La abuela vendiendo.

La abuela anotando en una libreta sus créditos.

La abuela cabeceando frente al televisor.

La abuela con su gorra de estambre.

La abuela con sus lentes colgados al cuello.

La abuela con sus ocho hijos.

La abuela con sus cincuenta nietos.

La abuela frente a muchos pasteles y muy pocas velas.

La abuela cantando La barca de oro.

La abuela postrada en una cama.

Yéndose. Siempre yéndose.

A mi abuela la conocí mujer, madre, trabajadora, nunca esposa, nunca ama de casa. Nunca rendida.

Mi abuela cae, se fractura los huesos qué la sostuvieron más que su memoria. Ya no hay nada que hacer, dice el médico. Son los años, agrega. Es la vida, pienso yo.

Llego a mi casa y enciendo la máquina. Tengo que escribir un cuento y no puedo. Mi abuela nunca me contó uno, si acaso, alguna aventura de su vida allende la frontera; de sus trabajos con los niños ajenos o de algún recuerdo venturoso de su esposo, mi abuelo, a quien amaba a pesar de la distancia que él impuso. La máquina me aburre, me desgasta. Miro la ventana velada por las persianas, la puerta entreabierta me deja ver algunas plantas que mi mujer cuida; se ven radiantes, verdes. Todavía es primavera.

**SE SOLICITA FOTÓGRAFO
PROFESIONAL ARTÍSTICO**

Suriel Martínez

AAA... Se solicita fotógrafo profesional artístico (no quinceañeras, bodas, bautizos etc). Interesados presentarse en: Calle Jazmín No. 1280 Col. Viveros.

Vengo por lo del anuncio, alcancé a decir a un hombre que salía a toda prisa del domicilio citado.

– ¿Eres fotógrafo?

– Sí

– ¿Traes cámara?

– Sí

– Vente.

En el camino y sin que yo le preguntara, el sujeto comenzó a platicarme... Al principio – dijo – yo sólo tomaba fotos a los muertos que llegaban a la morgue, víctimas de accidentes viales y de una que otra riña. Ahora las cosas han cambiado...

—Un hombre descuartizado no es simplemente un montón de miembros que se arrojan como basura desde la ventanilla de un coche, sus partes son acomodadas minuciosamente de tal forma que creen un cuadro horroroso, que muestre más allá de la carne como desperdicio. Es la conclusión de un planteamiento, es un nudo que otros deben descifrar, es un cuento con final abierto, es literatura que nosotros debemos ilustrar...

—Estoy seguro que Goya sufrió muchísimo al ver cómo los franceses acribillaron a los madrileños aquel famoso tres de mayo, y sin embargo el cuadro de los fusilamientos es hermoso; no porque nos enseñe la sangre sino por la luminosidad que refleja la pintura, la expresión del hombre fusilado y la condición de quienes lo rodean, se nota la maestría del autor en el manejo del trazo, el color y la forma...

—Así debe ser el fotógrafo que estoy buscando, alguien que sea capaz de encontrar o construir la belleza en nuestra realidad...

Llegamos a un lote baldío en el municipio de Chimalhuacán, donde estaba el cuerpo, todavía fresco, de una mujer asesinada después de haber sido violada. Al parecer con una botella quebrada por la mitad, le destrozaron con terrible saña la vagina, la boca y el ano.

—Era una prostituta.

¿Para qué robar lo que puedes comprar con pocos pesos?

Pongo a trabajar la cámara.

Con la lente sigo puntual tu rostro marchito que, recostado a noventa grados sobre un ladrillo gris, escondo

de sus ojos semiabiertos del rayo de sol que intenta calentar la frigidez de tu carne. Tu sangre ennegrecida por el tiempo permite que el blanco de la piel marque los límites de una naturaleza muerta. Sobre un platón de tierra y bolsas de basura puestas a propósito para resaltar los colores que aún dibujan en tu cara el rótulo del oficio, que para ganar la vida ejerciste hasta la muerte, como si de un matrimonio sagrado se tratara. Todos saben de ti, pero nadie conoce tu nombre o de dónde vienes. Eres una Mona Lisa en un cuadro que encierra un tiempo y un paisaje cotidianos. Un cuadro que merece ser expuesto en todos los museos del mundo y reproducido en todos los periódicos y todas las revistas. Una imagen estampada en millones de playeras que se expendan como recuerdos de todas las ciudades que presumen de universales. Quisiera que mi cámara fuera capaz de tomar las palabras de aquel ayudante del forense inmovilizado por las heridas que destrozaron tu entrepierna. Comentaré: "Estaba buena la condenada". Sin embargo, la sombra de su guadaña permite la claridad que mi placa necesita. Una mierda fresca, de perro, da una intervención Duchampiana sobre unas zapatillas de tacón fino tiradas al lado de tu muslo derecho junto a un sostén rojo de delicados, aunque baratos encajes. Yo trato de salvar tu vida a través de la lente, los demás te llevarán a la morgue para acabar de descuartizarte antes de arrojar tus restos a la fosa común y dictaminar que sin culpables no hay delito que perseguir.

—Estás contratado.

La fotografía ganó un premio.

BERNARDO ERA UN TIPO RUDO

Sergio García Díaz

Bernardo era un tipo rudo. Le gustaba tomar solo. Había llevado una vida de perro. Y ahora ya no le quedaba más que alejarse de la muerte de manera expedita. Pero antes de todo esto quisiera decirle algo que nada, aparentemente, tiene que ver, con lo antes dicho. Sucede que yo iba alegre por la calle, por una calle cualquiera de mi ciudad, cuando digo mi ciudad me refiero a que la conozco bastante bien y me identifico con ella y con su historia. Iba donaire cantando o más bien chiflando una canción popular, pegajosa, que desde que desperté la comencé a recordar, era una canción que cuando fue famosa yo ni quería escucharla, le cambiaba de estación radiofónica y estaba en otra y le cambiaba y estaba en otra, luego dejó de escucharse y vino otra canción y así sucesivamente. Pues estaba chiflando esa canción cuando de repente se

escuchó un golpe seco, fuerte; se había desintegrado un meteorito en la atmosfera, sólo se escuchó que se rompieron los vidrios de las casa y construcciones. Salió en las noticias y vinieron gentes de Instituto de Investigaciones Físicas y de Astronomía. Recogieron evidencias como quince días y se retiraron sin decir una sola palabra de lo acontecido, un hecho que muchos habíamos vivido y del cual no había salido nada en las noticias.

Después de hacer el amor con Edith Viridiana, —lo hicimos en un Hotel llamado Garaje, por cierto ese hotel estaba a un lado de su casa, su padre era doctor y tenía una clínica, y en la parte de atrás de la clínica vivían. Bueno la había dejado en su casa después de salir del hotel me fui caminando rumbo a mi casa y al dar vuelta en una esquina comencé a ver gente que miraba al cielo, seguí caminando y más gente miraba así arriba, seguí caminando cada vez más lento y por fin miré al azul del cielo y quedé con pánico, en silencio, nada se escuchaba, ni los pájaros que regularmente a esa hora hacen ruido. En el cielo tres bolas grandes de metal giraban, se alejaban y volvían a concentrarse casi frente a nuestras narices. De repente se alejaron en forma de triángulo y se desaparecieron.

Llegué a mi casa, una casa bonita con un foco en la entrada. La fatiga invadía mi cuerpo, por lo que me fui a dormir, rotundamente en silencio. No sabía lo que había pasado. Y de esto nadie dijo nada, ni yo, no me fueran a tirar de loco. Sí había estado una temporada en el manicomio, bueno así le decían a la secundaria donde estudié, pero de eso a estar loco, pues no, para nada.

Así es la vida, va hacia el silencio y lo único que queda es lo que hay en los archivos. Ya en la Universidad decidí estudiar la carrera de historia, por lo que iba cotidianamente al Archivo General de la Nación. Estaba haciendo una investigación sobre La Baja California y en específico sobre el Padre Kino, quien había sido el primer personaje no nativo y no español que había visitado y construido cárceles, —así les decían a unos jacalones que señalaban los avances de la Conquista. Y había comenzado la evangelización de los grupos indígenas de aquella región alejada del Centro de la Nueva España. Ya investigando me fui familiarizando con la forma de redactar de los españoles del siglo XVI, XVII, eran muy ceremoniosos, con el tiempo ya leía de manera fluida aquellos documentos que tenía que agarrar con guantes y tapa boca, porque había que cuidarlos y aparte podían tener hongos o ácaros. El mundo de los hongos es muy extenso y fascinante, un hongo es una colonia de microscópicos hongos, es como si fuera la colonia donde vivo o la ciudad donde habito. Los hongos pertenecen a un reino diferente al reino animal o vegetal. Y cumplen la función de desintegrar la materia y transformarla. Bueno, regresando al Padre Kino (Eusebio Francisco Kino, quien nació en 1645 y murió en Magdalena de Kino en 1711), cartógrafo, geógrafo, astrónomo, que llegó sólo a visitar esas tierras con un afán aventurero, o evangélico o de trascendencia, ya que él era italiano, quizá llegó arriba de un burro o andando hasta allá donde ningún europeo se había aventurado. Pues él fue el primero en sembrar uvas para crear viñedos y hacer vino. Se dio cuenta de

que había parras silvestres, lo cual le indicó que el suelo y el clima eran propicios para la siembra de la vid. Otra cosa que descubrió fue que las conchas que se encontraban en la playa de lado de lo que hoy se conoce como el Golfo de California o el Mar de California se parecen a las que hay del otro lado del Pacífico, se parecen en el color y la forma. Por eso hay un lugar y un vino que lleva su nombre. Que *güevos* de cabrón, aventurero y místico, salvaje y civilizador, evangelizador y conquistador. Estableció más de veinte misiones, y evangelizó a seris y guaymas. Todo eso pensaba mientras leí esos legajos de hojas amarillentas, grandes y hermosas. Quizá por eso le pusieron a una marca de vinos el nombre del Padre Kino y a una colonia también. Por cierto en esa colonia o municipio nació un candidato del PRI que asesinaron en plena campaña. Luis Donald Colosio, quien le dieron un balazo en la *chachoma*, un “asesino solitario”, en un lugar que se llama Lomas Taurinas. Esto se pudo ver por televisión y nos sorprendió a todos cómo sale una mano con una pistola de entre el público asistente al mitin del candidato y cómo se alcanza a observar un cable o mecate y cómo saltan los sesos, hay un corredero de gente y luego salen una serie de sujetos igualitos, como clones, igualitos al que agarraron y culparon del asesinato.

Luego en otro trabajo escolar me metí a leer los legajos de la Santa Inquisición, ahí investigué los bailes prohibidos por la Santa Inquisición. Encontré algunos documentos de informantes que se asomaban por rendijas de las fiestas privadas y describían con lujo de detalle los movimientos de los cuerpos de los comensales

de las fiestas prohibidas también. Mientras iba leyendo aquellos documentos me imaginaba los bailes y las contorsiones y se me iba parando la pirinola, y a la vez me imaginaba al mirón viendo por una rendija, envidioso del placer, del sudor y del movimiento de los cuerpos y las carnes durante la fiesta. Me imaginaba el sonido del la arpa, de la guitarra, de los tambores, de la quijada de burro, de las claves, de banquito y los cantos, el polvo que se levantaba en aquellos pisos de tierra, el éxtasis, la fuga del espíritu, las risas o carcajadas. Sones, guarachas, chuchumbe, habaneras, totochín, negrito, moji-ganga, pura candela. Que chido que esos mirones hayan hecho esas miradas a través de las rendijas, qué malo para los que fueron a la hoguera tan sólo por divertirse.

Es difícil caminar, escalar, bajar del árbol o de la montaña. El ser humano bípedo alguna vez anduvo en cuatro patas, un montañista o escalador cuando hay que trepar su cuerpo de inmediato regresa y recuerda su pasado, está hecho el cuerpo para recordar sin pasar por el cerebro, quizá la memoria está en todo el cuerpo y el recuerdo de las ideas sí está en el cerebro. Incluso cuando nadamos hay esa memoria del cuerpo, quizá también cuando se vuela. Todas las etapas de desarrollo del cuerpo hasta llegar a ser bípedo. Es chistosa esta palabra de bípedo, por cierto leí en algún lugar que el ser humano se echa 34 pedos al día, son los reglamentarios y que la suma de todos los pedos de la humanidad completa (6 o 7 mil millones de seres humanos) también contribuimos a que se adelgace la capa de ozono y el efecto invernadero. Los otros animales que contribuyen

a esto es el ganado vacuno. De hecho en un museo quien más maltrata los cuadros son los humanos con tanta pedorrera. Bueno, pero somos bípedos por que andamos erectos sobre dos patas, por eso la forma natural del ser humano es caminar. A mí, me gusta caminar, inclusive correr. Caminar mi ciudad, mis calles, mi habitación.

Es todo un viaje caminar por nuestra habitación. Una vez no sé por qué razón quedé encerrado en mi habitación por cinco días. Las primeras horas las dediqué a leer un libro de Aldous Huxley, el de *Las puertas de la percepción y otros ensayos*. Luego de unas horas ya estaba aburrido. Decidí hacer un viaje rápido por mi habitación; me convencí de que conocía mi habitación, hasta con los ojos cerrados podía ver las cosas que ahí había y que había acumulado hasta entonces. Las cosas nos acompañan o nosotros acompañamos a las cosas. Las cosas también son entes y el ser también es un ente que es, luego entonces yo soy un ser y un ente, en este sentido también soy una cosa, soy parte de las cosas que están en este cuarto. La percepción se agudiza en estas circunstancias, se captan los aromas, los sonidos, las cosas se sienten en su plenitud, el gusto también, como unas galletas de animalitos. Se aprende con todos los sentidos, aprendemos el mundo y las cosas. Pasaba el tiempo y me puse a dormir, desperté algo sudado, me fui a bañar, y me enjaboné cada parte de mi cuerpo, las uñas de mis pies estaba un poco largas, quizá llevaba quince días sin cortarlas o más, mire de arriba, hacia abajo mi cuerpo, quizá me sentí un poco ridículo, pero nadie me veía y no había razón para ello. Caía el agua lentamente por el pelo y de

ahí al suelo, seguía el agua en su caminar rumbo a la coladera, hacía un remolino y se desaparecía, recordé que alguien un día dijo que en el hemisferio norte el remolino del agua va de izquierda a derecha y que en el sur va de derecha a izquierda. Así iba el remolino de izquierda a derecha. Al final quedaba jabón.

Vi la tele y me cansé de nuevo y a dormir. De una vez me quedé totalmente dormido. Al otro día quizá alguien llegaría a mi casa, a mi habitación. Pero pasó la mañana y nada. Decidí hacer recorridos del centro de la habitación a algún punto y observar todo, absolutamente todo lo que hubiera en esa línea imaginaria, me quité los zapatos y los calcetines. Avancé despacio, eran un piso de polvo de mármol, vi las figuras que hacía el polvo de cada loseta, la ranura entre loseta y loseta, había un poco de polvo en las ranuras, el tamaño de cada mármol pequeño era diferente, algunos más transparentes que otros de color blanco, negro, transparente, amarillo, recordé algunos dibujos de un pintor llamado Dubuffet, parecían las losetas como los cuadros de este pintor. Seguía avanzando lentamente, había desperdicio muy pequeño de plástico, de chicle, de astillas de madera, de polvo, de pegamento, de papel y una silla de madera, una silla vieja que había perdido su color, de esas antiguas de mimbre, pintadas en su origen de colores vivos, mexicanos, las patas de la silla estaban descarapadas de la pintura, con algo de suciedad de las manos en sus bordes, en el respaldo y en las terminaciones del respaldo. Había un chicle pegado en uno de los rincones ocultos de la silla, se alcanzaban a ver aún los dibujos de

flores y hojas. Me puse boca bajo para ver la silla desde abajo, el mundo desde abajo, se ve diferente, alcé la silla desde abajo, la alejaba y la acercaba, era un objeto querido, estaba en ese lugar antes de que yo naciera y de seguro seguiría ahí después de que yo desapareciera de este plano de la realidad. Seguí de largo, ya era como el medio día cuando logré llegar a la pared de la habitación, era una pared repellada de yeso, pintada de color amarillo, de abajo tenía polvo en la ranura entre el piso y la pared. Había una mancha en la pared, le decían salitre, tenía unos 20 centímetros de aquella adherencia blanquecina. El salitre se usa para ablandar el maíz, la cal también se usa para ablandar el maíz. Llegue con la mirada hasta el techo y de ahí a una lámpara, me seguí hasta el otro lado y regresé al punto de inicié. Ya era noche, ya mañana continuaría con mi viaje.

La luz posterior a la madrugada es diferente, de hecho la luz durante toda la noche siempre es diferente. Esa luz invadió el cuarto, inclusive en algunos casos se ven fantasmas. O cosas que parecen fantasmas. Decidí planear mi día de viaje, mi segundo día de andar por toda la anchura de mi habitación. O tercero ya no sé muy bien, como que a los tres días comienzas a perder la noción de algunas cosas, los sentidos comienzan a agudizarse, escuchas uno hasta el más mínimo movimiento de las cosas, las llaves se mueven levemente y se escucha el roce de los metales; si un insecto anda por ahí se alcanzan a escuchar sus patitas rascando o avanzando por el piso, una basurita arrastrada por el viento, los latidos del corazón, la respiración, el paso del agua por la tráquea,

el esófago, hasta caer en el estómago, el frotamiento de las manos. Quizá alcancé uno grados de locura. Las cosas se mueven.

Comencé a hacer ejercicio de respiración. Siempre lo hago cuando voy a dormir, cuando no puedo dormir o cuando tengo pesadillas. Sobre todo me llegan las pesadillas cuando leo de noche o me paso viendo la televisión. Me puse sobre el piso descalzo y comencé a respirar rítmicamente, sentía como ingresaba el aire, el aire puro a los pulmones, cómo se iba refrescando el cerebro y cada una de las partes del cuerpo. En una de esas me llego un golpe de testosterona y se me paró la pirinola, es normal a esa hora. Recordé que una vez una mujer me regaló una cajita con separaciones, había ocho separaciones, como cuando en un restaurante te llevan los sobrecitos de té, así en cada uno de esos apartamentos se ubicaba un calzón de diferentes colores. Se me hizo extraño el regalo pero cuando tomé el primero de arriba a la izquierda, que por cierto estaba pulcro, lo saqué estaba enrollado, hermoso calzón blanco, sin percudir, como si nadie lo hubiera usado, por instinto lo extendí y lo arrugué en mis manos, lo llevé a mi nariz y un aroma dulce de mujer llegó a los femorales nasales y de ahí al cerebro; ese aroma invadió el cerebro y se anidó en el hipotálamo, llegándome una imagen de mujeres tocando mi cuerpo desnudo, tuve una erección grande, la sangre se agolpó en mi pene y casi me desmayo. Me desmayé o me dormí, no lo supe. Pero comencé a hacerme adicto a esa prenda, la primera. Me pregunté qué sorpresas esconderán las otras siete prendas íntimas, que por lo visto

eran diferentes, de diferente color y de diferente historia, cada una me contaría, quizá una historia diferente y tendría un final diferente en mi sentir. Quería seguir sintiendo, pero tenía que tener algo de calma, porque la deslechada estaba cabrona, quedaba en cama postrado por veinticuatro horas. Así es que decidí irme con calma, de tal forma que duré un año revisando cada uno de los calzoncitos aquellos de mujer bonita. Ahora había repetido la misma sensación pero un poco en grado menor. Pensé, si no fuera por los recuerdos podría uno enloquecer a la primera impresión de sensaciones fuertes. El cuerpo también se educa en cada nueva experiencia. Pues sucedieron muchas más cosas en esos cinco días de luchar contra la locura.

Los cinco sentidos y los cinco días. De huir de la locura. Curarse de la locura, caminar en contra de la razón, la razón te lleva más rápido a la locura. El que a Dios ataca o se cree Dios, Dios lo castiga con la locura.

Conocí a profundidad mi geografía y las cosas que hacen mi entorno inmediato, de norte a sur y de oriente a poniente. Ahora que recuerdo una vez entré a un temazcal e hicimos el rito de entrar o regresar al útero de la tierra, primero recolectar la leña para la fogata, luego ir poniendo encima piedras, girar en torno al fuego, el humo, la naturaleza, entrar al temazcal y aguantar el vapor, lo caliente del agua, las piedras al rojo vivo y las cuatro puertas, sudar y purificar el cuerpo por medio del calor y el sudor.

Nací en un tiempo en que la vida no valía nada. Quizá nunca ha valido nada. Cuando era niño jugando

por un llano donde vivía, había vacas, árboles, algunos charcos, dos establos, mucha maleza y bebederos de vacas, donde en temporadas de calor nos metíamos a nadar, con una vara les picábamos los fundillos a las vacas, correteábamos mariposas y pescábamos abejas y les sacábamos la caca y la chupábamos creyendo que era miel, y sí sabía a miel, comíamos las florecitas de la malva, les decíamos quesitos, una vez por ahí jugando cerca del casco de la hacienda encontramos un hermoso cuerpo de mujer, estaba con un zapato de tacón puesto y otro un poco retirado de su pie, se veían sus medias hermosas en unas piernas torneadas, bellas piernas, el cuerpo estaba boca bajo, tenía una falda y un traje sastre azul, el pelo largo le caía a los hombros, estaba como puesta ahí, su rostro o la mitad de su rostro, bello rostro se alcanzaba a ver a pesar de tener algo de cabello revuelto en el rostro, que miraba hacia el oriente. Hacia donde sale el sol. No supimos qué hacer de momento. No nos asustamos, parecía un maniquí, algo falso, alguien durmiendo, algo ilógico. Salimos de nuestras conjeturas y se nos presentó la muerte, la muerte enfrente y de frente, en nuestros ojos de chiquillos de entre cinco y seis años, que lo único que hacíamos era jugar en el llano. Quisimos despertar a la bella mujer, pero algo nos impedía acercarnos. No sé cómo sabemos lo que nunca hemos vivido, platicamos la posibilidad de que uno de nosotros, éramos tres chiquillos, se quedara a cuidar el cuerpo, no se fuera a perder, y los otros dos fuéramos a avisar a la policía, que se encontraba a una calle de distancia. Nadie se quería quedar. Así es que la dejamos sola un instante, volteába-

mos para saber que ahí seguía y si regresábamos y ya no estaba y si avisábamos y ya no había nadie, nos ganaríamos un soplamocos. Y si se paraba y se iba. Por fin llegamos a la policía, se nos hizo infinito el tiempo. No nos creyeron, nos dejaron sentados un buen rato y por fin alguien llegó y nos acompañó, nos dijo que si no había nada, nos iba a meter un rato en la cárcel. Nos llevaba a mí y a mi amigo agarrados del cuello, así como jugando me agarraba mi padre y luego apretaba y me dolía, por fin después de otro largo instante llegamos y ahí estaba el cuerpo y ahí también estaba un perro husmeando su pie, el pie que no tenía el zapato de tacón, y andaba una rata también merodeando la cara de la bella mujer, y unas moscas hacían un ruido espantosos, zumbaban y zumbaban, de inmediato esto se llenó de personas, de fotógrafos, de gente vestida de blanco y nosotros nos fuimos haciendo ojo de hormiga, dejamos pasar a los demás. Nadie quería levantar a aquella mujer, Bernardo el borracho del barrio la levantó y se la llevó a la comisaría. Años después en un libro de *Historia de la Nota Roja en México*, hecho por Víctor Ronquillo, busqué el caso de la mujer que había aparecido en mi barrio, y ahí estaba el caso, no decía nada de los chiquillos que ahí habíamos estado, ni del borracho que había levantado el cuerpo.

Bernardo era panadero y usaba faja. Una vez vi que se peleaba con otro panadero, se hicieron de palabras, se cruzaron primero las miradas, luego, sin intercambiar palabras, por sus ojos nació un fuego intenso, se alejaron, dejaron las cosas que traían en sus manos, se quitaron la camisa, camisas luidas por el uso, el trabajo y

la pobreza. El ambiente olía a adrenalina. Se desfajaron y unas largas fajas volaron por los aires, hicieron ruido, latiguearon el aire, parecía una danza armónica, hermosa. Dos valientes como dos gallos, nunca supe por qué peleaban, pero ellos estaban ahí, sólo yo viendo a unos metros. El ruido de las aves se silenció, el aire paró de zumbar, sólo se escuchaban de momento las fajas latigueando, las fajas enredándose, las fajas hablando el lenguaje de la violencia, hablando del arte de zumbar. De repente una daba en el cuerpo de uno de los hombres, se veía un gesto de dolor, pero de inmediato respondía y se incrementaba el lance y en otro momento acertaba otro golpe en el rostro, la sangre chispoteó de las bocas. Ahí siguió el pleito, se hizo eterno. Parecía que nunca se iban a cansar. De repente todo terminó, cada quien recogió sus cosas, se montaron en su bicicleta y se fueron cada quien por su lado. Yo no entendí que había pasado. Me fui caminando con mi envase de petróleo a mi casa. Antes las estufas eran de petróleo, tenían mecheros de una fibra de asbesto por donde pasaba el petróleo, ahí se encendían y se podían calentar la comida.

Ese Bernardo era un valiente, lo vi hacer algunas otras cosas, no sé si lo alcanzó la muerte, de seguro sí porque de ella nadie se escapa.

CASI CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Arturo Palacios

*Con todo respeto en el aniversario de los primeros 86 años
de un hombre cuya obra perdurará por siglos.
Para el maestro Gabriel García Márquez.*

— Señor Palacios, vino un berraco a decir que Gabriel García Márquez lo espera hoy en su casa.

— ¡No mames! ¿Qué le dijiste?

— Jué puta, no venga con jodederas.

— Cálmate, cálmate, yo no te insulté. ¿Qué le dijiste al berraco?

— Eso le dije, que no viniera con jodederas.

Vagar por la ciudad amurallada de Cartagena de Indias, subir al Cerro de la Popa y recorrer el Castillo de San Felipe Barajas y después todavía, perderse en la intrincadamente bella ciudad, había creado en mí un letargo tal que, al llegar al Hotel Toledo, de la Avenida

José de San Martín, no lograba concretar otra idea que la de tirarme en la cama y dejar que la aventura diurna continuara, liberando al inconsciente desde el momento de cerrar los ojos.

No esperaba semejante noticia. Un Premio Nobel convocando a un escritor desconocido, no solamente en Colombia, sino en el mundo entero.

Por la mañana, cuando con mi familia, mi esposa y mi hijo, iniciara el recorrido de la Cartagena, asolada nada menos que por el mismísimo Francis Drake, quise que lo primero fuera la visita a la casa del maestro Márquez, no con la ingenua idea de saludarlo en persona, como lo esperan los miles de turistas que por allí pasan, sino el simple saludo a través de algunos de mis libros, los que ya iban preparados con una dedicatoria laudatoria, correo electrónico y por no dejar, el lugar donde me encontraba hospedado.

En muchas ocasiones, reconozco pecar de ingenuo; sin embargo, sé que no pierdo nada con acariciar el sueño de todo escritor oscuro, que es el llamar la atención de los genios de las ligas mayores.

Soñar es el único momento de nuestra vida en que podemos ser absolutamente libres; en el que el inconsciente puede cumplir aspiraciones utópicas y en el que la misma utopía se deja alcanzar.

Así que cuando Billy White, Guillermo Blanco, para quienes no sabemos inglés, el mejor guía de turistas del mundo, según él mismo, me diera la noticia del berraco mensajero de García Márquez, le dije a mi familia:

— ¿Me acompañan en esta enorme aventura?

A lo que ambos contestaron negativamente:

— Todavía crees en los Santos Reyes; mi mujer.

— En Colombia son bien berraqueros; mi hijo, mexicanizando el castizo término colombiano.

Por lo que asomando la cabeza en el sueño, me despedí de ellos: — nos vemos al ratón vaquero — bajando apresurado las escaleras del hotel, a la caza de un taxi que me llevara a la caza de un sueño.

La noche anterior había soñado que estaba dormido y soñaba que dormía soñando un nuevo sueño que me transportaba por senderos oníricos.

— Por favor me lleva a la Ciudad Vieja, pedía al taxista, quien me miró de reojo, pensando seguramente: ¿Qué va a hacer este pendejo a esta hora?

¡Con gusto!, — responde con la tradicional fórmula de cortesía de los colombianos. — ¿A qué sitio? Completa desconfiado.

— A la casa de García Márquez — le respondo enfático, esperando resolver sus dudas y desarmar su desconfianza.

— ¿A dónde? — vuelve a preguntar — al momento en que frena el automóvil, no sé si por evitar un choque por la sorpresa de saber que lleva a alguien tan importante que va a ser recibido por el ícono de Colombia o porque piensa que le tomo el pelo.

— A la calle del Curato, a la casa de García...

— Que va a hacer a la casa de un *hijue puta* que nunca recibe a nadie — me pregunta cada vez más desconfiado de que su trabajo vaya a ser improductivo. — ¿Por qué no lo llevo mejor a la casa del *Pibe*, que es más amable?

—Soy su invitado— respondo con un orgullo que lo silencia para el resto del trayecto, hasta llegar a la casa color ladrillo, de altos muros, la que todos critican por ser un bunker, según nos dijera otro taxista.

—Son quince mil pesos— me dice por fin y al arrancar, de soslayo veo que hace una seña al policía que se encontraba en la esquina, seguramente previniéndole contra un desquiciado, ya que aquél se acerca cuando estoy a punto de pulsar el timbre para hacer las preguntas de rigurosa seguridad y esperar junto a mí, hasta el momento en que por el interfón preguntan de quién se trata; escuchar cómo me anuncio y observar cómo un mayordomo franquea la puerta afirmando que el maestro me espera.

Los sueños se desprenden de toda materia y se elevan para vagar insondablemente a través de un universo alterno, mucho más benigno que el real.

Así que ensalivé las manos y las froté para que pudieran asirse con seguridad al sueño que iniciaba el vuelo.

Caminé nervioso tras el mayordomo, quien lejos de tener el aspecto de aquellos descritos por Agatha Christie, era de un desenfadado aspecto guajiro, con todo y su sombrero de “caña-flecha”, tan popular en toda la costa caribeña de Colombia.

—Por aquí por favor— cortés me conduce por un amplio patio, donde luce una lujosa camioneta; buseta podía haber dicho, hasta llegar a una puerta de madera adornada por un enorme vitral de flores blancas, en donde, con elegancia criolla, coloca una mano en su espalda,

mientras la otra la tiende hacia adelante, indicando paso franco.

—El señor lo espera en la sala —indica, al paso que apuro el paso y me encuentro con el Premio Nobel arrellanado en un alto sillón, hojeando *Simpatía por el Diablo*, uno de los cuatro libros que dejara por la mañana, manteniendo una divertida sonrisa de simpatía, no por el diablo, sino por lo que leía de mi libro.

—Maestro, perdón por el retraso— intento justificarme por lo avanzado de la noche, — apenas recibí su mensaje.

El gran Gabo frente a mí, se retira los lentes de gruesa armadura oscura y se levanta del sillón para darme un fuerte apretón de mano, atraerme hacia él y extender el saludo con un cálido abrazo.

Cabello hirsuto, totalmente blanco; el inefable bigote que tupido e igualmente blanco cubre todo el labio superior pero no la alegre sonrisa que le caracteriza y denota el noble campechano carácter y la sencillez con que es reconocido. Sin los lentes, sus ojos brillan en destellos de alegre sabiduría y de la inquieta movilidad, se detienen frente a mi vista, como anunciando amabilidad y confianza. La eterna guayabera blanca se ilumina ante la cercanía de la luz.

—Déjese de vainas que estoy muy divertido con esas apariciones del diablo arrabalero— afirma, otorgando la posibilidad de abandonar el nerviosismo que me aqueja.

—Me siento muy honrado de saber que le gustaron mis cuentos— asiento desconcertado, por saber que

uno de los gigantes literarios de todos los tiempos, como con agrado lo que considero un trabajo humilde, pero al fin de cuentas mi trabajo.

—Pase y acomódese —invita amigablemente, —mientras le sirvo un aguardiente Antioqueño, tengo muchas preguntas que hacerle.

Su acento, a pesar de residir tanto tiempo en México, no ha perdido la entonación caribeña, incluyendo el tratamiento de “usted” acostumbrado en la región, no con el sentido de distancia con que se utiliza en mi país.

No logrando evitar el nervioso desconcierto, me dejo caer en el sillón que se encuentra enfrente del que el maestro ocupaba.

—Dígame qué le ha parecido Colombia —inquire, mientras escancia en un vaso con hielo, el traslúcido aguardiente.

—Todo muy bonito —respondo, sin lograr dominar del todo la timidez, —pero sobre todo Cartagena.

—Sobre todo las colombianas —interrumpe festivo, —no nos hagamos tontos. Termina la afirmación con una sonora carcajada.

—La verdad —asiento con cierto rubor —, son sin lugar a dudas, la cereza del pastel.

—Los médicos me tienen prohibido el alcohol, sólo me permiten una copa de esta mierda de anís — afirma en tono melancólico.

Al tomar el vaso que me extiende, pienso en sus 86 años, en la vida disipada narrada por él mismo y en la fortaleza que a pesar de todo muestra.

—A veces tienen razón —digo en tono concilia-

dor, intentando no convertirme en causante de un desaguisado de salud.

—No son más que *hijue putas* que no saben más que firmar certificados de defunción, interrumpe.

No acierto más que a extender el brazo y decir salud, al tiempo en que chocamos vasos y paladeo el suave sabor anisado del aguardiente que yo había desdeñado, por el temor de encontrarme con un aguardiente de caña similar al guerrerense, de ese que noquea con unos cuantos tragos.

En días anteriores, había preferido el Ron Medellín, de un sabroso sabor dulzón y las cervezas Club Colombia o Águila, como elementos indispensables para disfrutar de la playa.

—Conozco poco el argot de la ciudad de México; Fuentes, Agustín o Armando Ramírez lo utilizan, pero esto es nuevo para mí —sentencia jubiloso. —Ni siquiera la Picardía de Jiménez tiene tanta realidad. ¿Esto existe o es mera alegoría verbal? —pregunta, dando pie a que tome mi papel de interlocutor.

—Creo, a no dudarlo —respondo, esperando ser elocuente, —que no es lo mismo asomarse al arrabal y tratar de escribirlo desde afuera que vivirlo y escribirlo desde adentro.

Intento con mi respuesta, no descalificar irresponsablemente a ninguno de los compatriotas citados, ya que haber sido leídos por García Márquez, la cercanía con él y el enorme reconocimiento de Fuentes, por ejemplo, me sitúan muy alejado de su nivel intelectual, aunque cuento con el mérito de poder hablar de lo que con suficiencia domino: la cloacas de la Ciudad de México.

—Aventurada su afirmación, pero tiene usted razón— reflexiona. Carlitos era un monstruo de la imaginación, pero su extracción de niño bien le impedía mezclarse del todo con el pueblo.

—Usted mismo, maestro, sus novelas son la fantasía, pero no se encuentran fuera de la realidad —afirmo, intentando que el encuentro me lleve al terreno del aprendizaje —podrían decirse hasta autobiográficas. ¿No es así?

—Pues sí— confirma, al tiempo en que toma los dos vasos y vuelve a servir una cantidad generosa de aguardiente de anís. —Todos mis personajes se encuentran anclados de alguna manera en la realidad. El surrealismo es mágico precisamente porque es real. Sería irresponsable afirmar que la imaginación absoluta fuera algo real, concluye.

Se pone de pie, cortando la disertación, para acercarse al estéreo y comenta el disco que pone a sonar: —Diomedes Díaz, es uno de mis favoritos en el valledato. Mis vicios son pocos pero profundos— comenta, al tiempo que realiza unos pasitos cortos marcados por el acordeón y la guacharaca: —la literatura, el billar, la revolución cubana, los Rolling Stones, el bolero, el valledato y la música mexicana— afirma, al tiempo que junto a Diomedes canta Pachito e' Che.

—Hágame el favor de servir otro fajo— solicita festivo, —los médicos y la familia me tienen prohibido servirme más de dos tragos.

—¿Maestro, le resulta molesto ser el personaje histórico en que se ha convertido? Pregunto, mientras

escancio la bebida en los vasos, evitando con esto que el Gabo salte las normas sanitarias a las que se encuentra sometido.

—Nunca he tenido vocación para el éxito —responde con un gesto de reflexiva amargura, —el que se vendan mis libros como salchichas me ha condenado a la más dura de las soledades: la soledad del éxito —continúa—, una paradójica soledad en la que uno se encuentra solo en medio de la multitud que lo acosa y aclama —argumenta, al momento de levantarse nuevamente del sillón y silenciar repentinamente a Diomedes cuando cantaba *La Sanguijuela*.

—Maestro— intento ser conciliador, —a usted se le admira en el mundo entero. En cualquier esquina del planeta en que se pare, va a encontrar amigos que...

—Que ahondarán más mi soledad— corta afortunadamente mi intervención, ya que intentar discutir su argumentación, sería contradecir la propia sensibilidad de un hombre como yo quien no ha hecho toda la vida sino huir de la soledad para encontrar su propia soledad.

—Puede parecer increíble, pero no conozco a otro ser más solitario que yo —continúa con su tono nostálgico—, pero así es la gente del Caribe, tenemos fama de lo contrario, pero en plena pachanga, los ojos brillan de melancolía.

—En cambio en México— intervengo comparativo—, lloramos hasta de felicidad.

Camina hacia el rincón y toma una guitarra que parecía de ornato, pero que resulta, como debe ser toda guitarra, un instrumento catártico, ya que el buen Gabo

inicia, con acordes de música mexicana, un tono de sol con el rítmico y clásico *chun tata*.

—Cuando el dictador Rojas Pinilla me cerró las puertas de Colombia y me quedé varado en Europa — comenta con orgullo—, entre tantas cosas que hice para sobrevivir, me dediqué a cantar canciones mexicanas en los cafetines del barrio latino. José Alfredo Jiménez y Chabela Vargas —continúa su melancólica disertación— me enseñaron a cantar con verdadero sentimiento, pero ahora —deteniendo los arpegios—, las reumas me impiden hacer lo que más amo después de la literatura: cantar, acompañando mis alaridos con mi guitarra.

—No se preocupe maestro, yo lo acompaño — me levanto, tomo la guitarra de sus manos y continúo el ritmo ranchero por él esbozado para iniciar con aquello de José Alfredo que por bello no puede dejar de gustarle a alguien:

“Cuando te hablen de amor y de ilusiones
y te ofrezcan un sol y un cielo entero...”

Gabo regresa a su eterna sonrisa, pero ahora sí descubro su mirada melancólica cuando con bien plantada voz, comienza a armonizar en una segunda voz bien afinada:

“Si te acuerdas de mí no lo menciones
porque vas a sentir amor del bueno...”

La emoción del maestro lo conduce a romper las domésticas normas sanitarias, para descorchar una nueva botella de Antioqueño y escanciarlo nuevamente en los vasos con hielo. Enciende un Mustang y entre inhalaciones, continúa su segunda voz:

“...di que vienes de allá
de un mundo raro...”

—No de balde, México es mi segunda patria, *chingao* — grita festivo, al tiempo que arranca con otra de las canciones más populares en el extranjero:

“Voz de la guitarra mía
al despertar la mañana...”

La que sigo apresurado buscando el tono, para encontrarlo en m, para no quedar mal con el maestro.

“México lindo y querido...”

Suena su bien plantada voz mientras continúa saltando las reglas de la salud, sirviendo las copas siguientes.

—Quiero que me hables de tú como en México, cuando se toma confianza en un amigo — solicita con amabilidad, extendiendo la mano para estrechar la mía con tal efusividad que no puedo sino agradecer con una sonrisa.

—Siempre he dicho que escribo para que me quieran mis amigos, pero creo que cantando a José Alfredo se logran más amistades — dice, al tiempo que continúa estrechando mi mano.

— ¿Me permite un chiste grosero? — pregunto con cierto temor de vulgarizar el para mí, histórico momento intelectual, pero me animo ante su aceptación:

—En México decimos que una botella de tequila, una canción de José Alfredo, una patada en los huevos y a llorar, no falla — termino temeroso de que el maestro se muestre ofendido.

Por el contrario, el fino humor de Gabo es estimulado y lo celebra con una carcajada que le lleva a retirar los lentes para limpiar el lagrimeo que la risa produce.

—Creo que hasta los gallinazos que sobrevuelan esperando por mí se espantaron — comenta hipeando —, nos echamos otra copa, otra de José Alfredo, sólo me eximes de la patada en los huevos, te prometo que lloro sin ella.

Así que retomo la guitarra para reiniciar el canto, sabiendo que un degustador de la música mexicana, como el Gabo, no puede dejar de apreciar Paloma Querida:

“Desde el día en que llegaste a mi vida
paloma querida, me dio por brindar...”

El maestro empina el brazo y de un tirón vacía el vaso, lo que le lleva a perder el equilibrio y afortunadamente caer sentado en su sillón, al tiempo que ya con palabras no bien articuladas, continúa cantando:

“Me sentí superior a cualquiera
y un puño de estrellas te quise bajar...”

Observo que el cansancio, el sueño, la edad tal vez lo van venciendo, ya que intenta abrir los ojos sin lograrlo, aunque de manera automática intenta aún cantar.

—Buenas noches —escucho una voz femenina que con enconada autoridad afirma que Gabo ya debe descansar, entendiendo esto como una invitación a despedirme.

—Tiene razón —alcanzo a decir, mientras coloco la guitarra en el sillón, tomo el vaso de aguardiente que

es el riguroso caminero y emprendo, sin más, la retirada, pidiendo que me despidan del maestro y que en otra ocasión podríamos continuar la velada.

La mirada inquisitiva, sin palabras, vigila que el mayordomo me conduzca a la puerta, la que cruzo no sin preocupación, pero orgulloso de haber parrandeado con mi héroe literario.

Los efectos energéticos del antioqueño me conducen a caminar a la deriva para extender temporalmente el disfrute de mi triunfo.

Salgo de la ciudad amurallada y vago, no sé en qué sentido; me encuentro en el momento etílico de la despreocupación; de la efusividad absoluta; en el momento en que se siente el cuerpo sin peso, como flotando, como en un espacio etéreo en el que traslado para situarme en mi cuarto de hotel, en mi cama tamaño rey y me tiendo a continuar el sueño en el que me sueño soñando.

MI HOMENAJE

Raymundo Colín

Me enteré que la moda cultural del gobierno eran los homenajes. Uno tras otro hasta llenar las carteleras de las secciones y suplementos culturales de los periódicos. Estaban todos o casi todos los considerados “personalidades” del arte, las letras, la ciencia, la música, etcétera. Gente conocida, medio conocida y no tan conocida; personajes de los cuales yo nunca había tenido conocimiento, pero ahí estaban en ese mamotreto de homenajes que a pie o en silla de ruedas, con la manguerita de oxígeno o diálisis, acudían a recibir su reconocimiento. Algunos ya muertos, sólo se contentaban en saber que sus fotos estaban pegadas en todas partes, o que sus nombres eran repetidos una y otra vez en los medios de información. De que sus deudos, chacales consumados y sin una pizca de sensibilidad intelectual y artística cogían el che-

que de manos del presidente de la República, dejando en claro que ellos preservarían el legado de su antecesor, pero eso sí, aprovechando la ocasión para pedir a las altas autoridades de cultura ayuda para que su labor altruista fuera menos pesarosa.

Estos homenajes llamaron mi atención por el simple hecho de que nunca en la historia del país se habían hecho tantos en tan poco tiempo. Por pura curiosidad busqué entre las listas de homenajeados si acaso se me contemplaba. Hurgué minuciosamente sin encontrarme. Entonces me asaltó un ataque de envidia, de enojo, de... ¡Pinches ojetes!, ¿a mí por qué no me hacen un homenaje? Y volví a revisar la cartelera para constatar mi exclusión, y embarazado de rencor aventé el periódico. Sin más me dirigí a la Dirección de Homenajes. Indignado pedí a la secretaria hablar con el encargado de realizarlos. La secretaria me preguntó para qué asunto. Con ira le grité que si no se había dado cuenta con quién estaba hablando. La secretaria meneó la testa. “¡Soy Esteban Langarde, el compositor de miles de canciones inéditas que algún día daré a conocer!, ¡anúnciame con su jefe!” La secretaria tecló en el conmutador: “¡Señor, aquí se encuentra el señor Esteban Langarde que pide entrevistarse con usted! ¡Sí señor, está bien!”. La secretaria volvió el auricular a su base y dirigiéndose a mí, me informó: “El señor director está ocupado planificando los próximos homenajes, pero me dijo que si gusta esperar, con mucho gusto lo atiende”.

Un vez que me dio el mensaje de su superior, la secretaria me ofreció aguardar en la salita a media luz

a unos metros de su escritorio. Eso hice. Al rato una de las ayudantes preguntó si quería beber algo. “¡Té, por favor!”. Transcurrieron horas. Ya iba a reclamar a la secretaria la tardanza, cuando la puerta de la oficina del director se abrió: “¡Señor Langarde, disculpe la espera, pero con todos estos homenajes, tiempo es lo que quiero!, ¡pero pase, pase para que me platique su asunto!”.

El director de homenajes me condujo a su sala personal –mínimo 50 mil pesos– hecha de cuero curtido blanco. Él se acomodó enfrente. Antes de iniciar la conversación, la secretaria entró a preguntar qué se nos ofrecía. “¿Quiere usted algo señor Langarde?”, “¡agua, por favor!”. El director, con voz engolada y campechana, ordenó a la secretaria: “¡A mí por favor sírveme un whiskey en las rocas!”.

El director, poniéndose en posición interesada, exclamó: “¡Soy todo oídos señor Langarde!”. Conforme le explicaba yo el por qué de mi visita, el director perdía postura, hasta que su rostro adquirió un tono sombrío: “Mire señor Langarde, yo no dudo que sea usted un artista importante, pero... es la primera vez que oigo su nombre y... pues... como usted comprenderá... Los homenajeados, todos son personajes y personalidades con trayectoria, tanto en su comunidad como a nivel nacional e internacional... Que tienen una basta obra conocida y difundida... Interrumpí su soliloquio para interpellarle, que no por el hecho de que mi obra fuera inédita, yo no tenía la perseverancia y la trascendencia moral para pedir lo que le estaba pidiendo.

“Bien señor Langarde, pero entiéndame usted a mí; hay ciertos requisitos que todos los homenajeados

deben cumplir... Pues aquí en mi oficina nada es improvisado, ni caprichoso... Todo tiene una mecánica bien concebida y estructurada..."

No me amedrenté ante sus argumentos e insistí en mi derecho de ser homenajeado. El director, impaciente, en cuanto entró su secretaria con el agua y el whisky, le pidió traer el formato donde se especificaban los requisitos para ser homenajeado.

"¡Tome su agüita, señor Langarde!", dijo el director mientras sorbía de la copa y se trasladaba a su escritorio. Buscó en los cajones algo que no halló. Volviendo a la sala, dijo: "Quería mostrarle algo... pero en fin... Una vez que lea el formato... cumpla los requisitos y con mucho gusto le hacemos su homenaje, que para eso estamos".

La secretaria entró con los documentos y me los entregó. El funcionario, solícito, se disculpó y me echó de su oficina. "¡Acompáñeme!", me exigió la secretaria. Dejé la oficina y dando las gracias a la mujer por sus atenciones me retiré. Ya en casa, revisé los documentos que me habían sido entregados:

El Gobierno de la República está realizando homenajes a los personajes trascendentes del arte y la cultura nacional con el propósito de reconocerlos y para que se conozca su obra y trayectoria. Esto basado en los siguientes requisitos:

1. Estar muerto y haber dejado una basta obra conocida y difundida.

2. Tener más de noventa años de trayectoria y una producción ininterrumpida.

3. Los artistas populares a homoneajear, tendrán que dar fe de que su trabajo es netamente artesanal o de preservación; que les fue heredado, comprobándolo con auténticos antepasados prehispánicos o prehistóricos.

¡Cataplum! Mejor hubiera bebido whisky en vez de agua.

Daniela Flores

(Pachuca, Hidalgo 1982). Poeta, narradora, ensayista y editora. Periodista egresada de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Es editora de Editorial Patético. Autora del poemario *Plegaria a un cuerpo*, reseñado como novedad editorial en la Enciclopedia de la Literatura en México del CONACULTA en 2013. Forma parte del Consejo Directivo del Colectivo Entrópico. Se ha desempeñado como reportera en *Notimex* y en otras publicaciones a nivel nacional. Su obra como editora ha sido reseñada en la revista *Siempre!*, en el diario *La Jornada*, *Ciclo Literario*, (México y España), *Ritmo*; y en medios electrónicos como *Círculo de Poesía*, *Periódico de Poesía de la UNAM* (México). Como autora fue reseñada en la *Revista de la Universidad de México*; y ha publicado narrativa en la revista *Playboy México* y *Playboy Colombia*, entre otras de Latinoamérica y Estados Unidos. Las más recientes antologías donde su obra ha sido incluida son *Hostal Entrópico*, (México, 2014) y *Poetas siglo XXI, antología de poesía 10, 800 poetas de 180 países* (España 2013). Su blog es: mujerprimitiva.blogspot.com

Ricardo Medrano Torres

(México D.F. 1971) Licenciado en Periodismo y Comunicación Colectiva por la UNAM. Ha publicado en: *El Financiero*, *Revista Generación*, *Versus*, *AlterArte*, *Cultura Urbana*, entre otros medios. Publicó *Parir espejos (Poesía)* edición del autor en el 2000. Es su única publicación individual. Su obra ha sido recopilada en diversas anto-

logías. *Poetas en Construcción*. Editorial ENTE. 1994. *Palabras Nezas, poesía del Nezahualcóyotl*. Editorial Poetas en Construcción. 1997. *La espiral de los latidos, poesía de la Zona Centro*. Fondo Regional para la Cultura y las Artes de la Zona Centro. México. 2002. Entre otras.

Porfirio García Trejo

(México D.F. 1957) Estudio Letras Hispánicas en la UNAM y Creación Literaria en la UACM. Es fundador del Taller y editorial Poetas en Construcción A.C. de Ciudad Nezahualcóyotl, donde ha publicado la mayor parte de su obra, de alrededor de treinta títulos: *Antipoe-mas*. 1988. *Orígenes*. 1989. *Poemas en crisis*. 1993. *Gestación en un solo acto, tres dramaturgos necenses*. 1997 y en 1995. *Antología de cuento latinoamericano*. Anualmente publica una antología de trabajos de miembros del taller. En 2006 aparece su Antología poética, bajo el nombre *Tran-sito de libros*.

Antonio C. Martínez.

Nació en la Ciudad de México. Ha sido conductor de radio, guionista, teatrero y coordinador editorial de la revista *Alterarte*. Es autor de la novela *Hijo de perra*, de los libros de cuentos: *Maricela y las flores muertas* y *De la fragilidad del blues*. Algunos de sus textos (sobre todo cuento y poesía), han aparecido en (pocas) antologías y en (muchas) revistas del interior. Actualmente trabaja en la adaptación para escena de *Un Páramo en llamas* (Los diálogos de Pedro Páramo).

Primo Mendoza Hernández.

Nació el Distrito Federal. Desde 1980 es miembro de la corriente denominada Tepito Arte Acá. Es colaborador de los periódicos *El Ñero*, *El Ñero en la Cultura* y *El comunal del Centro Histórico*; miembro del grupo multidisciplinario *Los Olvidados*. Colabora en varias revistas, entre ellas *Desde el zaguán* o *Tepito crónico* así como en los diferentes órganos informativos del Centro de Estudios Tepiteños (CETEPI). Es fundador del colectivo Poetas en Construcción, prologuista del libro *Los orígenes de Nezahualcóyotl en la óptica de Héctor García* y guionista del documental *La historia de Neza a través de los ojos de las mujeres*. Fue Becario del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México (FOCAEM) en 2004 y obtuvo la Presea Acolmixtli Nezahualcóyotl en 2005, otorgada por el Gobierno del Estado de México.

Norberto El Herrera.

Nacido y vecindado en ciudad Nezahualcóyotl. Egresado de la Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM. Escribe poesía, cuentos, relatos y otras patrañas que han sido publicados en revistas y periódicos. Ha publicado también el Poemario *Proyecto descompuesto* y el libro *Nelli Teótl*, así como otros trabajos en plaquetas (pequeños ensayos y cuentos). De sus trabajos de poesía destacan en particular los que han sido utilizados para ser presentados en los concursos de declamación y poesía coral, en Nezahualcóyotl y en otros municipios de la zona oriente del Estado de México, y de la delega-

ción Iztapalapa, entre los que destacan: *Pobre América*, *Advenimiento cumplido*, *México*, *Escuchando al señor de la pandereta* y *Proyecto descompuesto* entre otros. Se presenta desde hace varios años en escuelas primarias y secundarias; Universidades; Talleres, Centros y Casas de Cultura; logias Museos, Iglesias, la radio o en la calle misma. Actualmente coparticipa en el “Centro Cultural Talleres Comunitarios Gratuitos”, y en la realización de los “Encuentros Semana de la Guitarra en Neza”, así como en el programa independiente: “Arte Tradición y Cultura en tu Parroquia, Promoviendo el Otro Rostro de Neza”

Andrés Sánchez Nájera

En el año 2004 mención honorífica en el CIGCITE Centro Internacional de Guionismo para Cine y Televisión; 2006. Primer premio literario de cuento a nivel nacional; 2012 Diplomado de Creación Literaria auspiciado por el INBA en el centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia; Del 2002 al 2013, cursó distintos talleres literarios y seminarios con escritores reconocidos, nacionales y extranjeros; 2014 Novela sobre el barrio de Tepito titulada *Como el alma de Judas* en espera de dictamen editorial para publicarla por recomendación del Círculo Editorial Azteca.

Filadelfo Sandoval Figueroa

(Alotepec, Sierra Mixe, Oaxaca. 8 de junio de 1954). Dramaturgo, poeta y narrador. Licenciado en Literatura Dramática, UNAM (1982) y Egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM (2002)

Sus obras se han publicado en las siguientes ediciones: *El Cazador* (Revista Punto de Partida, UNAM, 1979), *Crónicas; hienas de gracia* (Ayuntamiento de Ciudad Nezahualcóyotl, 2005), *El Maragónico* (Teatro infantil, cuadernos mexiquenses, 2005), *Todas las cartas de amor son ridículas* (Editorial Fridaura, 2008). Ha sido becario en dos ocasiones del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México, FOCAEM, en 2008 y 2009. Sus poemas y narraciones aparecen en diversas antologías de escritores de Cd. Nezahualcóyotl

Suriel Martínez Aguilera

(México D.F. 1965) Es diplomado por la Escuela Dinámica de Escritores. Es autor de *Cuentos para leer en voz alta*. Espiral Urbana-CONACULTA. 1998. *Vías de encuentro*. Edición de autor. 2002. *Verbos Carnales*. AlterArte. 2007. Entre otros. Además aparece en las antologías, *Imágenes del polvo*. Ediciones Poetas en construcción. 1997. *Los mil y un insomnios*. Centro Toluqueño de Escritores-Instituto Mexiquense de Cultura. 2006 y en diversas revistas y periódicos culturales.

Sergio García Díaz.

Nació el 11 de junio de 1962, en México, D.F. es narrador y poeta hasta el momento le han publicados varios libros entre cuento: *Border line* (Mixcoatl), *Pasión por las moscas* (Coyoacán) y *Agazapados* (Casa del poeta las 2 Fridas y Fridaura); una novela: *Regueiras* (Casa del poeta las 2 Fridas y Cofradía de coyotes); y poesía: *Dos entradas por un boleto* (Cuadernos del borde y Neza Educa A.C.), *Sueños*

de un chamán (Fontamara), *Pétalos de mar* (Práxis), *Animales impuros* (Coyoacán), *Alicia en mi espejo* (Práxis), *Bajos fondos* (Práxis). Ha coordinados dos antologías de poesía del Taller Charles Bukoswki (*Hojas de verano y Allí donde suenan las campanas*) editado por las 2 Fridas. Así como coordinado el Taller de poesía C. Bukoswki. Es Secretario de las Casas del poeta A.C.
E-mail: checoo@hotmail.com.

Arturo Palacios Juárez.

México, D.F. (1955-2055) Vecino de Ciudad Nezahualcóyotl desde 1988. Licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Dedicado hasta su jubilación a la docencia. Obra publicada: Los libros de cuentos *Tumborracho en la Esquina*, *Simpatía por el Diablo*, *Vuelta al asfalto*, Ediciones 5º Sol, *Ahora y en la Hora*, editorial Sierpe. Compilador y colaborador de seis libros de cuentos, con diversos autores en Ed. 5o Sol y Editorial Sierpe. Colaborador en diversos periódicos y revistas. En la actualidad prepara el libro de cuentos *Utopía Agónica* y la compilación de un libro de cuentos para su publicación en Editorial Sierpe.

Raymundo Colín Chávez

(Axolotl). 1961. Canta autor, escritor y promotor cultural. Entre sus títulos publicados de cuento, poesía y testimonio están: *Las cuitas de un Ajolote* (1995, 1997 y 2005); *Poemas para después de co...mer* (1998); *Luna Ampa* (2000); poemario *De Pasto y Sal* (2000); *El Diablo de Parranda* (2004); *Relatos y Testimonio de la UPREZ-NE-*

ZA (2005 Y 20011). Su discografía: *Amor Olvídame* (2001); *30 años de cantautor* (2008); (2009); *Cómo pasa la vida*. Sus cuentos, poemas y ensayos han sido publicados en las revistas y periódicos como *Desmadre*, *El Escriba*, *Nezafora*, *Versus*, *Expectativas de Actualidad*, revista de Trabajo Social de la UNAM; *Entre Valles*, *El Centinela* del Valle de México, Periódico *El Día*, *El Republicano*, Espacios de Cultura; en publicaciones como *Imágenes del polvo: Antología mínima de cuento necense* (1997 y 1998); *Libro de Cuentos El lado oscuro de Tepito* (2000); *Insomnio de Cuentos*. Antología del Octavo Encuentro de Narradores en el Estado de México (2004); *Verbos Carnales: La experiencia literaria de Ciudad Neza en boca de sus autores* (2007); *Cuentos de Tepito y otros Barrios Marginados. Metamorfosis* (2010); Antología literaria *Voces sin Fronteras* editada en Montreal, Canadá, por Editions Alondras (2008); *Prohibido Prohibir... comienza por una prohibición* (2012). Ha participado en diversos programas de radio y televisión (Canal 34,11 y 22, TV Demente); Radio Educación, Radio Chapultepec, Radio Red, Radio Ciudadana. Su labor literaria y como cantautor ha sido reseñada y publicitada en diversos medios de comunicación como los periódicos *La Jornada*, *UNOMASUNO*, *REFORMA* y la revista *PROCESO*. Forma parte del Catálogo de escritores del Instituto Nacional de Bellas Artes, y en el catálogo *Del silencio hacia la luz: mapa poético de México*, de Adán Echeverría y Armando Pacheco (2008) y en la monografía del municipio de Nezahualcóyotl.

ÍNDICE

LA ENÉSIMA CERVEZA.....	5
Antonio C. Martínez	
EL PRÍNCIPE DE LOS LAGARTOS.....	9
Norberto El Herrera	
LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	17
Antonio C. Martínez	
PERRO QUE COME PERRO.....	21
Antonio C. Martínez	
REENCUENTROS.....	29
Primo Mendoza	
LA PAZ DEL HOGAR.....	39
Ricardo Medrano Torres	
EL BRUJITO DE LA CONDESA.....	45
Andrés Sánchez Nájera	
DEUDA	59
Porfirio García Trejo	
PINCHE LOCO.....	65
Porfirio García Trejo	

LOS JARDINES DE SAL.....	71
Daniela Flores Guzmán	
MI CORAZÓN	
NO LO TRAIGO COLGADO NOMÁS DE ADORNO.....	75
Filadelfo Sandoval	
ENTRE BAZAS.....	85
Filadelfo Sandoval	
AGUSTINA.....	91
Suriel Martínez	
SE SOLICITA FOTÓGRAFO	
PROFESIONAL ARTÍSTICO.....	95
Suriel Martínez	
BERNARDO ERA UN TIPO RUDO.....	99
Sergio García Díaz	
CASI CIEN AÑOS DE SOLEDAD.....	113
Arturo Palacios	
MI HOMENAJE.....	127
Raymundo Colín	

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de abril del año 2014.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del
H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl y
Para Leer en Libertad A.C

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.

Descarga todas nuestras publicaciones en
www.brigadaparaleerenlibertad.com